



Diseño de Portada: Pablo Tadeo Soto

Primera edición, 1996

Primera reimpresión 1997

Fondo de Cultura Económica

ISBN 968-16-5049-2

Impreso en México

Tomado de **La rama dorada. Magia y religión**

J. G. Frazer explica en esta selección de su obra fundamental, *La rama dorada. Magia y religión*, que existen leyes generales del pensamiento primitivo que se han transmitido hasta nuestros días bajo la forma impalpable y el respeto irrestricto que profesamos hacia objetos y palabras tabú.



HISTORIA DE LAS  
RELIGIONES

# Objetos y palabras tabú

**Autor:** JAMES GEORGE FRAZER



## PRESENTACIÓN

## OBJETOS TABÚ

Significado del tabú

Tabú del hierro

Tabú de las armas blancas

Tabú de la sangre

Tabú de la cabeza

Tabú del pelo

Ceremonias del corte de pelo

Disposiciones sobre los recortes de pelo y de uñas

Tabú de la saliva

Alimentos que son tabú

Tabú sobre los nudos y los anillos

## PALABRAS TABÚ

Nombres personales tabú

Nombres tabú de reyes y otras personas sagradas

Nombres tabú de dioses



## LECTURAS COMPLEMENTARIAS







JAMES GEORGE FRAZER, estudioso de las costumbres y religiones de las civilizaciones de gran parte del mundo, nació en Glasgow, Escocia, en 1854. Fue profesor y socio del Colegio de Estudios Sociales y Antropológicos de la Universidad de Cambridge.

Su obra cumbre, *La rama dorada. Magia y religión*, se publicó originalmente en 12 tomos. El propio autor realizó una edición en la que resumió, con gran sentido de la síntesis, su obra en un solo volumen. Este libro debe su éxito a que ha hecho comprensible a la mentalidad occidental una amplia gama de usos y costumbres primitivas descritas en un estilo que no está lejano de la literatura.

*La rama dorada. Magia y religión* es un amplio tratado de la vida y las costumbres humanas, que abarca la comparación entre religión y mitología y describe las circunstancias y motivaciones del regicidio y el deicidio. Es una obra fundamental, cuya lectura se ha vuelto parte de la metodología para la investigación de sociólogos, antropólogos, etnólogos y estudiosos de las religiones de todo el mundo.

**FONDO 2000** ofrece una selección de *La rama dorada*, donde Frazer explica algunas costumbres que se originaron en las comunidades primitivas para la formación de *Objetos y palabras tabú*, mismos que serán reconocidos por el lector de nuestra época pues se mantienen en práctica y rigen los actos de la vida contemporánea. En estas páginas se asienta la condición de tabú del hierro, las armas blancas, la sangre, la cabeza, el pelo y las ceremonias de su corte, los ritos de cortarse las uñas, la saliva, los alimentos, los nudos y los anillos, los nombres personales, los nombres de reyes y de otras personas sagradas, y el tabú de los nombres de los dioses.





# *Objetos tabú*

## **1. SIGNIFICADO DEL TABÚ**

*En la* sociedad primitiva las reglas de pureza ceremonial observadas por los reyes divinos, jefes y sacerdotes concuerdan en muchos respectos con las reglas observadas para los homicidas, enlutados, parturientas, púberas, cazadores, pescadores y otros. A nosotros estas personas de clases tan variadas nos parecen diferir totalmente de carácter y condición; a unos los denominaríamos sagrados, y a los otros, manchados, polutos, impuros. Pero el salvaje no hace entre ellos tal distinción moral; los conceptos de santidad e impureza no están aún diferenciados en su mente. Para él, el rasgo común de todas estas personas es que son peligrosas y están en peligro, y en el que están y al que exponen a los demás es el que denominamos espiritual o fantasmal y, por tanto, imaginario. El peligro no es menos real porque sea imaginario; la imaginación actúa sobre el hombre al igual que la gravitación física y puede matarle tan certeramente como una dosis de ácido prúsico. Separar a estas personas del resto del mundo para que el peligro espiritual no les alcance a ellos ni se extienda a los demás es el objeto de los tabúes que tienen que acatar. Éstos actúan, por decirlo así, a manera de aisladores eléctricos para conservar la fuerza espiritual de que están cargadas esas personas y evitar que sufran o inflijan daño al contacto.

A las ilustraciones de estos principios generales que acabamos de dar, añadiremos algunos otros más, eligiendo nuestros ejemplos, primero, de la clase de cosas u objetos tabú y, segundo, de las clases de palabras tabú, pues en opinión del salvaje ambos, objetos y palabras, pueden estar, como las personas, cargados o electrizados, temporal o permanentemente, con la misteriosa virtud del tabú y de consiguiente requieren ser excluidas por un tiempo corto o largo del uso familiar de la vida corriente. Los ejemplos serán escogidos con referencia especial a los jefes sagrados, reyes y sacerdotes, que más que ningunos otros viven limitados por el tabú como si fuera una muralla. Las cosas tabú serán presentadas en el presente capítulo en tanto que las palabras tabú lo serán en el siguiente.





## 2. TABÚ DEL HIERRO

*En* primer lugar podemos observar que la temible santidad de los reyes conduce, naturalmente, a la prohibición "de contacto" con sus sagradas personas. Así, era ilegal tocar con las manos la persona de un rey espartano. Nadie podía tocar el cuerpo del rey o de la reina de Tahití. Está prohibido bajo pena de muerte tocar la persona del rey de Siam. Nadie podía tocar, en modo alguno, al rey de Camboya sin su mandato expreso; en julio de 1874 cayó el rey de su carruaje y quedó sin sentido tirado en el suelo, sin que nadie de su séquito se atreviera a tocarle hasta que un europeo que llegó al lugar del accidente recogió al monarca, llevándolo a su palacio. Antes, nadie podía tocar al rey de Corea, y si él se dignaba tocar a su súbdito, el sitio tocado se trocaba en sagrado y la persona así honrada llevaba una marca visible (generalmente un cordón de seda roja) toda su vida. El hierro, sobre todo, no podía tocar con el cuerpo del rey. En el año 1800, el rey Tieng-tsong-tai-oang murió de un tumor en la espalda y nadie soñó tan siquiera usar el bisturí que probablemente habría salvado su vida. Se cuenta que un rey sufría terriblemente de un flemón en la boca hasta que llamó a un bufón cuyas payasadas hicieron reír al rey tan desafortadamente que el absceso reventó. Los sacerdotes sabinos y romanos no podían afeitarse con cuchilla de hierro, teniendo que ser tijeras o cuchillas de bronce y siempre que llevaban un cincel de hierro para esculpir en piedra alguna inscripción en el bosque sagrado de los hermanos Arvales, sacerdotes de Roma, se ofrecía un sacrificio expiatorio de un cordero y un cerdo, sacrificio que volvía a repetirse cuando sacaban del bosque el cincel. Como regla general, las cosas de hierro no podían entrar en los santuarios griegos. Los sacrificios ofrecidos en la isla de Creta a Menedemus se hacían sin usar hierro, pues la leyenda de él es que había muerto en la guerra troyana por un arma de hierro. El arconte de Platea no podía tocar hierro, pero una vez al año, en la conmemoración anual de los caídos en la batalla de Platea, se le permitía llevar una espada con que sacrificar al toro. Hoy, un sacerdote hotentote nunca usa navaja de hierro, sino que emplea una laja cortante de cuarzo para sacrificar un animal o circuncidar a un mancebo. Entre los ovambos del sudoeste africano, requiere la costumbre que los mancebos sean circuncidados con un pedernal cortante; si no lo hay, la operación se ejecutará con hierro, pero debe ser enterrado el hierro después. Entre los indios moquis de Arizona, los cuchillos de piedra, hachas, destales u otros más no se usan actualmente, pero siguen usándose en las ceremonias religiosas. Después que los indios pieles rojas pawns dejaron de usar puntas de flecha pétreas para los fines ordinarios, todavía las emplean en las manzanas sacrificiales de búfalos, ciervos y víctimas humanas. Entre los judíos no se usó ninguna herramienta de hierro en la construcción del templo de Salomón, ni en hacer altares. El antiguo puente de madera de Roma (*Pons Sublicius*), considerado sacro, estaba hecho y tenía que ser reparado sin el uso de hierro ni bronce. Estaba expresamente ordenado por ley que el templo de Júpiter Liber<sup>1</sup> en Furfo fuese reparado con instrumentos de hierro. El salón del consejo en Cyzicus estaba



construido de madera sin un solo clavo de hierro, con las vigas acondicionadas de modo que pudieran ser remplazadas.

Esta oposición supersticiosa al hierro quizá data de los tiempos primitivos en la historia de la sociedad, cuando el hierro era todavía una novedad y, como tal, mirada por la mayoría con recelo y disgusto, pues todas las cosas nuevas excitan el temor y la aversión del salvaje. "Es una curiosa superstición —dice un explorador de Borneo— ésta de los dasuns que atribuyen todo lo que les acontece, bueno o malo, afortunado o desgraciado, a cualquier cosa nueva que llegue al país. Por ejemplo, mi estancia en Kindram ha ocasionado que el clima sea muy caluroso de poco tiempo acá." Las intensísimas lluvias no acostumbradas en las islas de Nicobar, que cayeron en el invierno de 1886 a 1887, cuando los ingenieros ingleses desembarcaron en ellas, las imputaron los nativos alarmados a la rabia de los espíritus contra los teodolitos, niveles y demás instrumentos que instalaron en muchos lugares frecuentados por ellos; algunos nativos propusieron, para ablandar la cólera de los espíritus, sacrificarles un cerdo. En el siglo XVII, una sucesión de malas estaciones provocó una revuelta entre los campesinos estonios, que achacaban el origen del mal a un molino de agua que servía de obstáculo a la corriente. La primera introducción en Polonia de los arados de vertedera fue seguida por una serie de malas cosechas y los labradores atribuyeron la escasez a los arados de hierro, que abandonaron por los de madera. Actualmente, los primitivos dabuwis de la isla de Java, que viven principalmente de la labranza, no usan útiles de hierro para el cultivo de sus campos.

La repugnancia general a la innovación, que siempre se hace sentir más fuertemente en la esfera religiosa, es suficiente por sí misma como razón de la supersticiosa aversión al hierro mantenida por los sacerdotes y reyes atribuyéndola a los dioses; posible es que esta aversión se haya intensificado en algunas comarcas por algún accidente casual, como la serie de malas cosechas y estaciones que hicieron caer en descrédito a los arados de hierro en Polonia. Mas esta malquerencia que los dioses y sus ministros guardan al hierro tiene otro aspecto; su antipatía al metal provee a los hombres de un arma que pueden volver contra los espíritus cuando llegue la ocasión. Como la repugnancia de éstos hacia el hierro se supone mayor aún, los espíritus no se acercarán a las personas protegidas por el aborrecido metal, por lo cual el hierro puede ser lógicamente empleado como talismán para alejar espíritus y otras peligrosas sombras". En realidad, así se usa con frecuencia.<sup>2</sup> En las serranías de Escocia, la gran salvaguardia contra la raza de los elfos o rilfos es el hierro y mejor aún el acero; el metal en cualquier forma, una espada, cuchillo, escopeta o lo que sea, es todopoderoso para este propósito. Siempre que se entre en una casa de duendes, clávese en la puerta un trozo de acero, tal como una navaja, una aguja o un anzuelo; así los duendes no podrán cerrar la puerta hasta que uno no se marche. Así, también, cuando se mate a tiros a un ciervo y se le vaya a traer a casa de noche, asegúrese clavando una navaja en la pieza cazada, a fin de impedir que los duendes



añadan su propio peso al cadáver. Los clavos en la cabecera de la cama defienden de los duendes a las mujeres parturientas y a sus criaturas, mas para asegurarse mejor del todo, se debe poner una plancha bajo la cama y la hoz en la ventana. Si un toro se cae desde una roca y se mata, se le mete un clavo, preservando así su carne de los duendes. La música interpretada por un birimbao mantiene alejados del cazador a los duendes femeninos, a causa de la lengüeta de acero del instrumento. En Marruecos se considera al hierro como una gran protección contra los demonios y por eso es corriente dejar un cuchillo o daga bajo la almohada de la persona enferma. Los cingaleses creen que están siempre rodeados de malos espíritus acechantes para hacer algún daño. Un indígena de allí no se arriesgará a trasladar de un sitio a otro suculencias tales como bizcochos o carne asada sin ponerles un clavo de hierro para prevenir que algún demonio tome posesión de las viandas y enferme al que las coma. Ninguna persona enferma, sea hombre o mujer, se aventurará fuera de casa sin un puñado de llaves o una navaja en su mano, pues sin tal talismán tendría miedo de que algún demonio se aprovechara de su débil estado para deslizarse dentro de su cuerpo. Y si un hombre tiene alguna úlcera grande en el cuerpo, coloca un pedazo de hierro sobre ella como protección contra los demonios. En la Costa de los Esclavos, cuando una madre observa que su hijo ya gradualmente debilitándose, deduce que un demonio ha entrado en su cuerpecito y, en vida de esto, toma sus medidas; para atraer al demonio fuera del cuerpo del niño, le hace una ofrenda de comida y mientras el demonio está tragándola, ata anillos de hierro y campanillas a los tobillos de su criatura y cuelga cadenillas de hierro alrededor de su cuello. El retintín de los hierfos y el tintineo de las campanillas se supone que impiden que el diablo, cuando ha concluido su comilona, pueda volver al cuerpo del pequeño paciente. Por ello se puede ver en esta parte de África a muchos niños abrumados con ornamentos de hierro.

<sup>1</sup> Hace falta que sea el dios máximo, el Liber, para poder romper la tradición con una novedad que, por ser desconocida antes, debe ser mala.

<sup>2</sup> En España, es, muy eficiente "tocar hierro", contra la magia de las palabras y para evitar la mala "sombra", la mala suerte, etc.





### 3. TABÚ DE LAS ARMAS BLANCAS

*Hay un rey sacerdotal en el norte de Zengiwh, en Birmania, reverenciado por los sotih como la autoridad temporal y espiritual más alta, en cuya casa no puede entrar ningún arma o instrumento cortante. Esta regla quizá puede explicarse por una costumbre que varios pueblos tienen después de una muerte: evitan el uso de instrumentos cortantes tanto tiempo como al espíritu del difunto se le supone cercano, por miedo a herirle. Así, también entre los esquimales del estrecho de Bering, el día en que ha muerto una persona en la aldea a nadie le está permitido trabajar, ni a los parientes, durante los tres días siguientes. Está especialmente prohibido durante este término cortar con ninguna herramienta tal como navaja o hacha y también está prohibido el uso de utensilios agudos como agujas y pasadores de jareta.<sup>3</sup> Dicen que lo hacen para no cortar o herir a "la sombra" que puede estar presente en cualquier momento durante esos días, y si accidentalmente se hiere con algunos de estos útiles se encolerizaría mucho y atraería enfermedades o la muerte a la gente. Los parientes del muerto, además, deben ser muy cuidadosos en ese periodo y no hacer estruendo ni sonidos desagradables que puedan alarmar o enfadar a "la sombra". Hemos visto ya que, de modo análogo, estos esquimales, después de matar una ballena blanca, se abstienen del uso de utensilios incisopunzantes por cuatro días, temiendo cortar o pinchar inconscientemente al espíritu de la ballena. Se observa el mismo tabú en ocasiones cuando hay algún esquimal enfermo en el poblado, probablemente por miedo de dañar a su "sombra" que puede estar revoloteando fuera de su cuerpo. Los rumanos de Transilvania cuidan no dejar una navaja con el filo hacia arriba mientras el cadáver esté de cuerpo presente en la casa "o si no el alma se verá forzada a cortarse". Los chinos tienen en su casa durante un septenario el cadáver y en ese tiempo se abstienen del uso de navajas, agujas y hasta de palillos para comer, haciéndolo con los dedos. En el tercero, sexto, noveno y cuadragésimo días después del funeral, los antiguos lituanos y prusianos acostumbraban a preparar una comida con la que, colocándose en el dintel de la casa, invitaban al alma del difunto. En estas comidas, sentados alrededor de la mesa y silenciosos, no usaban cuchillos y las mujeres que las servían tampoco. Si alguna vianda caía al suelo, allí se quedaba esperando a las almas solitarias que en vida no habían tenido familia o amigos para comer con ellos. Cuando terminaba el banquete, el sacerdote cogía una escoba y barría de la casa a las almas diciendo: "Queridas almas, ya han comido y bebido. Márchense ya, salgan". Ahora podemos explicarnos por qué no puede llevarse ninguna herramienta o útil cortante a la casa del pontífice birmano; al igual que otros muchos reyes sacerdotales, es probablemente considerado divino y por eso está en su derecho no exponiendo su espíritu sacro al riesgo de cortarse o herirse, siempre que abandone su cuerpo temporalmente, para flotar invisible en el aire o volar hacia algún lejano asunto que lo requiere.*



3 Que se usan para abrir los cordones de los cabos cuando hay que hacer un empalme en una cuerda, cabo, driza, etc.

---



#### 4. TABÚ DE LA SANGRE

**Hemos** visto que el Flamen Dialis tenía prohibido tocar ni aun nombrar la carne cruda. En cierta época un maestro brahmán no puede mirar a la carne cruda, sangre o personas cuyas manos hayan sido cortadas. En Uganda, el padre de unos mellizos queda en estado de tabú por algún tiempo después del parto de su esposa; entre otras reglas tiene prohibido matar nada ni ver sangre. En las islas Palaos, cuando en alguna aldea se había sufrido una incursión y se habían llevado los enemigos alguna cabeza cortada, los familiares del muerto mutilado quedaban en estado de tabú y tenían que someterse a ciertas observancias con objeto de escapar a la cólera de su espíritu; eran encerrados en la casa, no podían tocar carne cruda y debían mascar betel del que un exorcista había conjurado previamente. Después de esto, el espíritu del descabezado se marchaba a la comarca enemiga en persecución de su matador. El tabú está basado, probablemente, en la creencia corriente de estar en la sangre el alma o espíritu del animal. Como se cree que las personas tabú están en una situación peligrosa (por ejemplo, los familiares del descabezado corren el riesgo de ser atacados por el indignado espíritu), es especialmente necesario aislarlos del contacto de los espíritus; además se prescribe la prohibición de tocar carne cruda y sangrante. Como suele suceder, el tabú es sólo un esfuerzo especial de un precepto general; dicho de otro modo, su observancia se prescribe particularmente en circunstancias que parecen apremiantes, mas fuera de tales circunstancias también se observaba la prohibición, un tanto menos estricta, como regla general de la vida ordinaria. Así, hay estonios que no gustan de beber sangre porque creen que contiene el alma del animal, que de ese modo entraría en su cuerpo. Algunas tribus amerindias "por un principio religioso fuerte, se abstienen en absoluto de beber sangre de ningún animal, porque contiene la vida y el espíritu del mismo". Los cazadores judíos dejan exangüe la caza cuando la matan, cubriendo con polvo el charco de sangre. Ellos no la catarán siquiera, creyendo que el alma o vida del animal estaba en su sangre o era la sangre misma.

Es una regla corriente que la sangre regia no debe verterse en el suelo. Por esto, cuando un rey o alguno de su familia es condenado a muerte se ha ideado un modo de ejecución para que la sangre real no pueda derramarse en el suelo. Hacia el año de 1688, el generalísimo del ejército se rebeló contra el rey de Siam y le condenó a muerte "a la manera como son tratados los criminales regios o los príncipes de la sangre cuando están convictos de crímenes capitales, que es poniéndolos dentro de un gran caldero de hierro y majándolos hasta hacerlos papilla con un pisón de madera, para que nada de su sangre real pueda verterse en la tierra, pues por su religión piensan que es gran impiedad contaminar la sangre divina mezclándola con tierra". Cuando Kublai Kan<sup>4</sup> derrotó y aprisionó a su tío Nayan, que se había rebelado contra él, lo sentenció a morir envuelto en un tapiz lanzado de un lado a otro hasta que muriera, "porque no quería que la sangre de su linaje imperial se



esparciera por el suelo o se mostrase ante el ojo del cielo y ante el sol". El fraile Ricold menciona la máxima tártara: "Un Kan condenará a muerte a otro para tomar posesión de su trono, pero tendrá cuidado de que la sangre no se derrame", pues ellos dicen que es muy indecoroso el que la sangre del gran Kan se vierta por el suelo. Así que obligan a la víctima a morir asfixiada de algún modo. Semejante sentimiento prevalece en la corte de Birmania, donde emplean un modo peculiar de ejecución, sin efusión de sangre, reservado para los miembros de la familia real.

Creemos que la repugnancia a verter sangre regia es sólo un caso particular de la renuencia general a verter sangre o al menos a dejar que caiga al suelo. Marco Polo nos cuenta que en su tiempo las personas cogidas en las calles de Cambaluc (Pekín) a horas intempestivas eran arrestadas y si las encontraban culpables de mala conducta las apaleaban. "Bajo este castigo alguna gente muere pero ellos lo aceptan así con el objeto de evadir la efusión de sangre, pues su *Bacsis* dice que es mala cosa verter sangre humana. En Sussex occidental hay gente que cree que el terreno donde se ha derramado sangre humana queda maldito y permanecerá estéril para siempre. En algunos pueblos primitivos, cuando la sangre de uno de la tribu tiene que ser derramada, no se consiente que caiga al suelo, por lo que se recibe sobre los cuerpos de sus compañeros de tribu. Así, en algunas tribus australianas, los muchachos que van a ser circuncidados se tienden sobre una plataforma hecha por los cuerpos de los hombres vivos de la tribu, y cuando se le va a extraer un diente a un muchacho en una ceremonia de iniciación, se sienta sobre los hombros de un hombre por cuyo pecho corre la sangre, que no debe limpiarse, a los golpes que hacen saltar al diente. También "los galos acostumbraban a beber la sangre de sus enemigos y se embarraban el cuerpo con ella. Se lee de los antiguos irlandeses que hacían lo mismo; nosotros lo hemos visto entre los irlandeses, pero no con la de sus enemigos, sino de sus amigos, como en la ejecución de un conocido traidor de Limerick, llamado Murrogh O'Brien; vi a una vieja que había sido su madrastra coger la cabeza mientras lo estaban descuartizando y tragar toda la sangre que salía de ella, diciendo que la tierra no era digna de beberla, y con la sangre se embadurnó la cara y el pecho, mesándose el pelo, llorando y gritando horriblemente". Entre los latuka del África central, la tierra donde ha caído una sola gota de sangre durante un parto es raspada cuidadosamente con una paleta de hierro y la ponen en un pote alejado de la fachada de la casa y al lado izquierdo de ella. En el África Occidental, si cae una sola gota de sangre al suelo, tendrá uno muy buen cuidado de taparla, restregando y pateando hasta que quede enterrada, y si cae en el costado de una canoa o de un árbol, hay que cortar el pedazo de madera y destruirlo. Un motivo de estas costumbres africanas puede ser el deseo de evitar que la sangre caiga en manos de los magos, que puedan hacer de ella mal uso. Ésta es la razón reconocida de por qué la gente del Africa Occidental borra cualquier mancha de sangre del suelo o corta el trozo de madera que se haya manchado de ella. Por igual ilusoria hechicería, los nativos de Nueva Guinea tienen sumo cuidado en quemar cualquier palo, hojas o andrajos que estén teñidos de sangre; y si la sangre ha goteado en el suelo,

remueven la tierra para taparla e incluso encienden después una hoguera en aquel mismo sitio. Este mismo temor implica los curiosos deberes que cumplen una clase de hombres llamados *ramanga* o "sangre azul" entre los betsileos de Madagascar; su ocupación es comerse todos los recortes de uñas y toda la sangre vertida de los nobles. Cuando éstos arreglan sus uñas, guardan las recortaduras, hasta el más pequeño trocito, para que se las traguen estos *ramangas*, que, si los recortes son demasiado grandes, los desmenuzan y así los engullen. También puede herirse un noble al arreglarse las uñas o pisando alguna cosa, y el *ramanga* chupará la sangre tan rápidamente como pueda. Los nobles de alto rango difícilmente van a ninguna parte sin estos humildes asistentes "sangre azul", mas si aconteciera que no hubiera ninguno de ellos presente, son cuidadosamente recogidos los recortes de uñas y la sangre derramada para que después se los engulla el *ramanga*. No es fácil encontrar un noble que no observe estrictamente esta costumbre, cuya intención probable es evitar que estas partes de su persona caigan en poder de hechiceros que, por los principios de la magia contagiosa o contaminante, pudieran perjudicarlos.

La explicación general de la repugnancia a que la sangre empape el suelo es probable que se encuentre en la creencia de estar el alma en la sangre y de este modo, todo sitio donde caiga se convierte en lugar sagrado o tabú. En Nueva Zelanda, cualquier cosa sobre la que caiga por casualidad no más que una gota de sangre de un jefe importante queda en estado de tabú o sagrada. Por ejemplo, un grupo de indígenas llegó en una canoa nueva y buena a visitar a un jefe. Éste fue a la canoa y al entrar en ella se clavó una astilla en el pie y la sangre goteó en la canoa, por lo que en aquel mismo instante quedó consagrada a él. El propietario saltó de la canoa, la arrastró varándola en la orilla delante de la casa del jefe y la dejó allí. Otra vez, un jefe, al entrar en la casa de un misionero, se golpeó la cabeza en una viga y corrió su sangre. Los indígenas decían que en otros tiempos la casa hubiera pertenecido desde aquel momento al jefe.<sup>5</sup> Como acontece, por lo general, con los tabúes de aplicación universal, la prohibición de derramar la sangre de uno de la tribu sobre el suelo se aplica con fuerza particular a los jefes y reyes y queda como reminiscente su caso particular cuando desde hace tiempo ha cesado de observarse y cumplirse en los casos generales y corrientes.

<sup>4</sup> Nieto de Gengis-kan. Fue el primer emperador de la dinastía mongola en China (siglo XIII).

<sup>5</sup> No es dudoso que la santidad del misionero fuera mayor y su tabú más fuerte.





## 5. TABÚ DE LA CABEZA

**Muchos** pueblos consideran a la cabeza particularmente sagrada; la santidad especial que se le atribuye se explica en ocasiones por creer que contiene un espíritu muy sensible al daño o irrespetuosidad. Así, los yoruba piensan que todas las personas tienen tres moradores espirituales cada una, de los cuales el primero, llamado Olori, tiene su residencia en la cabeza y es el protector, guardián y guía del hombre en que se hospeda. A ese espíritu le hacen ofrendas principalmente de aves y se frotan después la frente con un poco de su sangre mezclada con aceite de palma. Los karenes suponen que un ser llamado el tso reside en la parte más alta de la cabeza y mientras conserva su lugar, ningún daño puede acaecer a la persona, a pesar de los esfuerzos de los siete Kelabs o pasiones personificadas. "Pero si el tso se muestra descuidado o débil, seguro que el resultado será malo para la persona. Por esto, atienden cuidadosamente a la cabeza y se toman muchos quebraderos de la misma para proveerla de atavíos y tocados que gusten al tso." Los siameses creen que reside en la cabeza humana un espíritu llamado khuan o kwun, que es el espíritu guardián. Este espíritu debe ser cuidadosamente protegido de toda clase de daños; por ello el acto de afeitarse o cortarse el pelo va acompañado de grandes ceremonias. El kwun es muy sensible en puntillo de honra y se sentiría insultado moralmente si la cabeza donde él reside fuese tocada por un extraño. Los cambodianos estiman ofensa grave que se les toque la cabeza, algunos no entrarán en un sitio donde haya cualquier cosa, la que sea, suspendida sobre la cabeza, y el cambodiano más humilde nunca consentiría vivir en el piso bajo de una casa. Ésta es la causa de construir las casas de un solo piso; hasta el gobierno respeta el prejuicio y nunca pone a un preso en el cepo bajo el piso de una casa, aunque éstas se eleven mucho del suelo. La misma superstición existe entre los malayos. Un antiguo viajero comunica que en Java la gente "no lleva nada sobre la cabeza y dicen que nada debe haber sobre su cabeza... y si alguno pusiera su mano sobre su cabeza, le matarían; no edifican casas de pisos para que nadie pueda caminar sobre las cabezas de otros".

La misma superstición respecto a la cabeza se encuentra en plena fuerza por toda la Polinesia. Así; en Gattanewa, una de las islas Marquesas, se dice de un jefe que "tocar la coronilla de su cabeza o alguna cosa que hubiera estado sobre ella era sacrílego. Pasar sobre su cabeza era una indignidad que jamás podría olvidarse". Al hijo de un gran sacerdote de las islas Marquesas se le ha visto rodar por el suelo en un paroxismo de rabia y desesperación pidiendo la muerte, porque alguien había profanado su cabeza privándole de la divinidad por haberle arrojado unas pocas gotas de agua sobre el cabello. Pero no son solamente los jefes de las islas Marquesas los que tienen la cabeza como sagrada; la cabeza de cada indígena de



esas islas era tabú y nadie podía tocarla ni brincar sobre ella, ni aun el padre podía pasar sobre la cabeza de su hijo dormido. Las mujeres tenían prohibido llevar o tocar algo que hubiera estado en contacto, o solamente colgado sobre la cabeza de su padre o marido. No se permitía que hubiera nada sobre la cabeza del rey de Tonga. En Tahití, cualquiera que se colocara por encima del rey o de la reina, y también el que pasara su mano por encima de sus cabezas, podía ser condenado a muerte. Un niño tahitiano era tabú especialísimo hasta que se verificasen ciertos ritos sobre él; todo lo que tocara la cabeza de la criatura mientras estuviera en ese estado se volvía sagrado y quedaba depositado en un lugar consagrado y con una barandilla a propósito en la casa del niño. Si una rama de árbol tocaba la cabeza del niño, cortaban el árbol; y si en su caída dañaba a otro árbol, por ejemplo la corteza, este otro árbol también se cortaba como impuro e impropio para usarlo. Después de ejecutados los ritos, estos tabúes especiales cesaban; pero la cabeza de un tahitiano era siempre sagrada, nunca llevaba nada en ella y tocarla era un crimen. Tan sagrada era la cabeza de un jefe maorí que "si él mismo la tocaba con sus dedos, estaba obligado a aplicarlos a la nariz y absorber la santidad que los dedos habían recogido con el tocamiento para devolverla así a la parte de la que fue tomada". En consideración a la santidad de su cabeza, un jefe maorí "no podía soplar el fuego con la boca, pues; siendo el aliento sagrado, le comunicaba su santidad y cualquier esclavo u hombre de otra tribu podría coger un tizón encendido o usar el fuego para otras cosas, tales como cocinar, causando así su muerte". -



## 6. TABÚ DEL PELO

*Si* se considera la cabeza tan sagrada que no podía tocarse sin grave pecado, obvio es decir que el corte de pelo fuese una operación difícil y delicada. Las dificultades y peligros que desde el punto de vista primitivo rodeaban la operación eran de dos clases: la primera era el peligro de inquietar al espíritu de la cabeza, que podía dañarse en el acto del corte y vengarse de la persona que le molestaba, y la segunda era la dificultad de disponer de los mechones esquilados. Porque el salvaje cree que la conexión simpática que existe entre él y cada una de las partes de su cuerpo continúa existiendo después de romperse la conexión física y, por consiguiente, él sufrirá cualquier daño que pueda sobrevenir a las partes separadas de su cuerpo, como los recortes de uñas y pelo. De acuerdo con esto, toma precauciones para que estas partes separadas de sí mismo no sean abandonadas en sitios donde queden expuestas a un daño accidental o a caer en manos de personas malvadas que hagan hechicería con ellas para perjudicarlo o matarlo. Tales peligros son comunes a todos, pero las personas sagradas, sobre todo, tienen que temerlos más que el vulgo, así que las precauciones que tomen serán proporcionalmente más severas. El camino más sencillo para evitar los peligros del corte del pelo es no cortarlo; éste es el expediente a que se acogen cuando piensan que el riesgo es máximo respecto al usual. A los reyes francos no se les permitía cortarse el pelo; desde su niñez tenían que atenerse a esta regla y rapar los largos rizos que les caían por la espalda hubiera sido tanto como renunciar a sus derechos al trono.<sup>6</sup> Cuando los malvados hermanos Clotario y Childiberto codiciaron el reino de su fallecido hermano Clodomiro, se apoderaron con engaños de los dos sobrinitos, los dos hijos de Clodomiro, y enviaron a París un mensajero a la abuela de los niños, la reina Clotilde, portador de unas tijeras y de una espada desenvainada. El enviado mostró las tijeras y la espada a Clotilde, rogándole escogiera si las criaturas debían ser rapadas para vivir, o morir con sus melenas. La orgullosa reina Clotilde<sup>7</sup> replicó que si sus nietos no habían de alcanzar el trono, los prefería mejor muertos que tonsurados. Así, ellos fueron asesinados por la propia mano de su despiadado tío Clotario. El rey de Ponapé, una de las islas Carolinas, tenía que llevar el pelo largo, como también sus dignatarios. Entre los negros de la tribu Hos del occidente africano "hay sacerdotes en cuyas cabezas no pueden entrar tijeras mientras vivan. El dios que habita en el hombre prohíbe el corte; de su pelo bajo pena de muerte. Si el pelo es ya demasiado largo, el dueño debe rogar a su dios que le permitiera siquiera recortarle las puntas. El pelo es de hecho concebido como asiento y alojamiento de su dios; si se cortase, perdería su morada en el sacerdote". Los miembros de un clan de los massai, de los que se dice que poseen el arte de hacer llover, no pueden raparse las barbas porque se supone que la pérdida de ellas podría acarrear la pérdida de sus poderes de "hacer llover". El jefe supremo y los hechiceros massai observan la misma regla por una razón semejante: piensan que si se cortasen la barba, sus dones sobrenaturales



desertarían de ellos.

Además, algunos hombres que han hecho voto de venganza mantienen, en ocasiones, su pelo sin cortar hasta haber cumplido su voto. Así, de los indígenas de las islas Marquesas sabemos que "ocasionalmente tienen su cabeza completamente afeitada, salvo un mechón en la coronilla que llevan colgando o lo hacen un nudo. Pero este último modo de llevar el pelo lo adoptan solamente cuando han hecho un voto solemne, tal como la venganza por la muerte de algún pariente cercano, etc. En tales casos, el mechón no se corta nunca mientras no se haya cumplido la promesa". Parecida costumbre tenían los antiguos germanos; entre los chati, los guerreros jóvenes nunca se rapaban el pelo o barbas hasta haber matado un enemigo. Entre los toradjas, cuando cortan el pelo a una criatura para librarla de parásitos, dejan algunos mechones en la coronilla como refugio de una de las almas del niño; de otro modo, el alma no tendría lugar donde alojarse y el niño enfermaría. Los karo-batakos temen ahuyentar el alma del niño; por eso cuando le cortan el pelo dejan siempre un trozo sin cortar, adonde el alma pueda retirarse ante las tijeras. Usualmente este mechón permanece sin cortar toda la vida o por lo menos hasta que llega a adulto.

**6** A los reyes godos de España les sucedía lo mismo; Wamba fue depuesto del trono y encerrado en un convento, porque Ervigio, su sucesor, le cortó el pelo mientras dormía.

**7** Santa Clotilde, esposa de Clodoveo, primer rey cristiano franco, cuya fiesta se conmemora el 5 de junio.



## 7. CEREMONIAS DEL CORTE DE PELO

**Cuando** se hace necesario cortar el pelo, se toman las medidas para aminorar el riesgo que se supone concurre a la operación. El jefe de Namosi en Viti (Fidji) siempre se comía a un hombre, por vía de precaución, cuando tenía que cortarse el pelo; "había un clan que tenía que proveer la víctima y acostumbraban a reunirse en consejo para escogerla de entre ellos. Era una fiesta expiatoria para conjurar el mal para el jefe". Entre los maoríes se pronunciaban muchos conjuros en el corte de pelo; uno, por ejemplo, se refería a la consagración del cuchillo de obsidiana con que se cortaba el pelo; otro se decía para evitar el trueno y el relámpago que se pensaba eran causados por el corte del pelo. "Aquel que se ha cortado el pelo está a cargo inmediato del *atua* (espíritu); es apartado de todo contacto y trato de su familia y tribu; no se atreverá a tocar sus mismos alimentos, que le serán puestos en la boca por otra persona; durante algunos días no puede volver a sus ocupaciones acostumbradas ni asociarse con sus compañeros." La persona que corta el pelo también queda en estado de tabú; sus manos, que han estado en contacto con una cabeza sagrada, no podrán tocar alimentos ni ser dedicadas a ningún otro empleo; será alimentado por otra persona con comida preparada en el fuego sagrado. Él no puede liberarse del tabú antes del día siguiente, cuando restriegue sus manos con patata o raíz de helecho que ya ha sido cocido en un fuego sagrado; y este alimento se le dará después a la mujer cabeza de familia por línea femenina; cuando ella lo coma, las manos quedarán libres del tabú. En algunas partes de Nueva Zelanda, el día más sagrado del año era el señalado para el corte de pelo; ese día la gente se reunía en gran número de todos los alrededores.





## 8. DISPOSICIONES SOBRE LOS RECORTES DE PELO Y DE UÑAS

**Aun** cuando el pelo y las uñas hayan sido cortados con felicidad, queda el gran obstáculo de disponer de lo cortado, pues sus propietarios creen que están expuestos a sufrir cualquier daño que pueda recaer sobre los recortes. La idea de que un hombre puede ser embrujado por intermedio de los mechones de su pelo, los recortes de uñas u otras porciones separadas de su cuerpo es casi universal y atestiguada por ejemplos demasiado familiares y demasiado amplios, demasiado tediosos en su uniformidad para analizarlos aquí en toda su extensión. La idea general en la que la superstición descansa es la conexión simpatética que se supone persiste entre una persona y cualquier cosa que alguna vez fue parte de su cuerpo o estuvo de algún modo estrechamente unida a él. Unos pocos ejemplos serán suficientes: pertenecen a la rama de la magia simpatética que puede denominarse contaminante o contagiosa. El temor a la hechicería, se nos dice, formaba en otros tiempos una de las más relevantes características de los isleños de las Marquesas. El hechicero recogía un poco de pelo, esputos u otros desechos corporales del hombre a quien deseaba dañar, lo envolvía en una hoja de vegetal y colocaba el paquete en un saco de hilos o fibras tejidas y atadas de un modo inextricable. Enterraba el conjunto con ritos especiales y desde entonces la víctima se extenuaba día a día o tenía una enfermedad consuntiva con la cual duraba solamente veinte días. Su vida podía salvarse, sin embargo, descubriendo y desenterrando el pelo, salivazo o lo que fuera, pues tan pronto como se hiciera esto cesaba el maleficio. Un hechicero maorí, obstinado en embrujar a alguno, procuraba obtener un rizo de pelo de su víctima, recortes de sus uñas, algún salivazo o un retazo de su vestido y habiéndolo conseguido, fuera lo que fuera, canturreaba ciertos hechizos e imprecaciones con voz de falsete y lo enterraba. A medida que iba pudriéndose, se supone que la persona iba debilitándose hasta morir. Cuando un negro australiano desea desembarazarse de su mujer, le corta un mechón de pelo mientras duerme, lo ata a su lanzador de dardos y va con ello a la tribu cercana, donde se lo entrega a un amigo que clava el lanzador todas las noches junto a la hoguera del campamento; cuando por fin se cae, es un signo de que ella ha muerto. El mecanismo por el que obra el encantamiento se lo explicó al doctor Howitt un negro de la tribu Wirajuri: "Usted ve —le dijo— que cuando un doctor negro coge algún objeto perteneciente a un hombre y lo tuesta y canta sobre él, el fuego se apodera del olor del hombre y eso le mata al pobre hombre". Los huzules, de los montes Cárpatos, imaginan que si un ratón coge un bucle de pelo de persona y hace su nido con él, la persona sufrirá dolores de cabeza y hasta se volverá idiota. Similarmente, en Alemania, es una idea general que si los pájaros encuentran cabello de persona y construyen sus nidos con ellos, la persona sufrirá dolores de cabeza; a veces se cree que tendrá una erupción en la cabeza. La misma superstición prevalece o por lo menos prevalecía en la región de Sussex occidental, al sur de Inglaterra.

También se piensa que los recortes o el cabello arrancado con el peine pueden alterar el buen tiempo, produciendo lluvia y granizo, truenos y relámpagos. Hemos visto que en Nueva Zelanda se pronunciaba un conjuro para evitar, cuando se hacía el corte de pelo, los truenos y relámpagos. En el Tirol, noreste de Italia, se cree que las brujas usan el pelo cortado o el enredado en el peine para hacer que granice y haya tormentas. Los indios thlinkit atribuyen las tormentas al acto temerario de una joven que se haya peinado al aire libre. Creemos que los romanos tenían creencias similares, puesto que era una máxima entre ellos que navegando nadie se cortaría el pelo o las uñas, excepto en tormenta, <sup>8</sup> es decir, cuando el daño ya estaba hecho. En la serranía de Escocia se dice que ninguna mujer debe peinarse de noche si tiene un hermano en el mar. En el Oeste africano, cuando el Maní de Chitombé o Jumba moría, se agolpaba la gente sobre el cadáver y se arrancaban el cabello, los dientes y las uñas, que guardaban como talismanes de lluvia, en la creencia de que si no lo hacían así no llovería. El Makoko de los anzikos rogó a los misioneros que le dieran la mitad de sus barbas como talismanes para hacer llover.

Si los recortes de uñas y pelo quedan en conexión simpatética con la persona de cuyo cuerpo han sido separados, claro está que pueden usarse como rehenes o prendas de su buena conducta por quien los retenga en su poder, pues dados los principios de la magia contaminante, con sólo que dañe al pelo o las uñas, herirá simultáneamente a su propietario original. Por esto, los nandi, cuando hacían prisioneros, les afeitaban la cabeza y guardaban los mechones como una garantía de que no intentarían escapar, y cuando el prisionero era rescatado, le devolvían a su pueblo con sus recortes de pelo.

Para resguardar los recortes de pelo y de uñas de perjuicios y de usos peligrosos a los que pueden ser sometidos por los hechiceros, es necesario depositarlos en un lugar seguro. Los recortes de pelo de un jefe maorí se reunían con mucho cuidado y los colocaban en un cementerio cercano. Los tahitianos enterraban en sus templos los recortes del pelo. Un viajero moderno observó en las calles de Sokú montones de piedras grandes contra las paredes e insertados entre sus hendiduras manojos de cabello humano. Preguntando qué significaba aquello, le dijeron que cuando algún nativo se cortaba el pelo reunía con cuidado los recortes y los depositaba en uno de aquellos montones, todos los cuales estaban consagrados al fetiche y por ende eran inviolables. Estos montones de piedras sagradas, llegó a saber después, eran una precaución elemental contra las brujerías, pues si el hombre no era cuidadoso disponiendo así de su pelo, podría éste caer en las manos de sus enemigos, que por medio del mismo estarían en condiciones de hechizarlo con conjuros y conseguir su destrucción. Cuando, con gran ceremonia, se corta el moño de un niño siamés, colocan los recortes en una cestita de hoja de plátano que depositan en el río o canal más próximo para que se lo lleve flotando la corriente; según se aleja flotando, todo lo que es malo o dañino al niño se aleja con el pelo. Los mechones grandes del moño se guardan hasta que el niño haga una peregrinación a la huella santa del pie



de Buda en la colina sagrada de Prabat. Allí son presentados los mechones a los sacerdotes que se cree hacen brochas con las que limpian la santa huella; pero, en realidad, es demasiado el pelo ofrecido todos los años para que los sacerdotes puedan usarlo así, de manera que los sacerdotes queman tranquilamente esas superfluidades en cuanto los peregrinos vuelven las espaldas. Los recortes de pelo y uñas del Flamen Dialis se enterraban bajo un árbol de buena suerte. Los bucles cortados de las vírgenes vestales se colgaban de las ramas de un viejo almez.

Con frecuencia los susodichos restos son ocultados en algún lugar secreto, que no es necesariamente un templo, cementerio o árbol como en los casos anteriormente mencionados. Así, en Suabia,<sup>9</sup> le recomiendan a uno que oculte las barreduras de su pelo en algún sitio que ni el sol ni la luna puedan iluminar, por ejemplo, bajo tierra o bajo una piedra. En Danzig, lo meten en un saco bajo la piedra del umbral. En Ugi, una de las islas Salomón, entierran su pelo por temor a que caiga en poder de algún enemigo que podría hacer brujerías con él y provocar enfermedades o calamidades. El mismo miedo es general en Melanesia y creemos que ha conducido a una práctica organizada de ocultamiento del cabello y uñas cortadas. La misma costumbre prevalece en muchas tribus de África del Sur por miedo a que los brujos consigan esos restos de partes separadas y hagan malas obras con ellos. Los cafres llevan más allá todavía este miedo a dejar cualquier porción de ello y que caiga en manos de sus enemigos, por lo que no sólo enrierran el cabello y las uñas en un Sitio Secreto, sino que, cuando uno de ellos limpia la cabeza a otro, "retiene los parásitos que captura y se los devuelve a la persona a que pertenecían, suponiendo, según su teoría, que como 'ellos' se alimentan de la sangre del hombre de quien fueron cogidos si fueran muertos por otra persona la sangre de su vecino podría estar en posesión ajena, poniendo así en sus manos el poder de una influencia sobrehumana".

Otras veces no se conservan los recortes superfluos para impedir que caigan en poder de un mago, sino que el propietario los guarda para tenerlos en la resurrección de su cuerpo, momento que algunas razas esperan con ilusión. Así, los incas del Perú "tenían cuidados extremados para conservar las recortaduras de sus uñas y los cabellos cortados o arrancados con el peine; los colocaban en hoyos o nichos en las paredes y si alguno caía, otro indio que lo viera lo recogía y ponía en su lugar otra vez. Muchas veces pregunté a diferentes indios, en diversas ocasiones, por qué hacían eso, con objeto de ver lo que decían, y ellos me contestaron siempre con las mismas palabras: 'Sepa usted que todas las personas nacidas volverán a vivir [ellos no tenían otra palabra que significase resurrección] y las almas saldrán de sus tumbas con todo lo que perteneció a sus cuerpos. Por esto nosotros, con objeto de no tener que buscar nuestro pelo y uñas en momentos que serán de mucha prisa y confusión, los colocamos en un lugar del que puedan recogerse más convenientemente y siempre que sea posible tenemos cuidado de escupir en ese sitio'. De igual modo los turcos nunca tiraban las recortaduras de sus uñas, sino que



las metían cuidadosamente en las grietas de las paredes o de las maderas, con la creencia de ser necesarias en la resurrección. Los armenios tampoco tiran a la basura sus superfluidades, incluso los dientes extraídos, sino que los ocultan en sitios que estiman santos, como una hendidura en la pared de la iglesia, en un pilar de la casa o en el hueco de un árbol; creen que todas esas cosas separadas de ellos mismos serán necesarias en la resurrección y el que no las ha guardado en sitio seguro y las ha tirado, tendrá que ir en su busca el gran día. En el pueblo de Drumconrath, Irlanda, había algunas viejas que averiguaron en las Escrituras que todos sus cabellos estaban enumerados por el Omnipotente y esperaban rendir cuenta de ellos en el Día del Juicio Final; con objeto de posibilitar esto, iban embutiendo los pelos caídos y cortados en las bardas de sus chozas.

Otros pueblos queman sus pelos inútiles para salvarlos de las manos de los hechiceros. Esto lo hacen los patagones y algunas de las tribus de Victoria, Australia. En los Vosgos Altos dicen que no se deben dejar tirados los restos de pelo y uñas, sino quemarlos para impedir que los hechiceros puedan usarlos en su contra, y por la misma razón hay mujeres italianas que queman los pelos sueltos o los arrojan a un lugar donde no sea probable que los vea nadie. El miedo casi universal a la brujería induce a los negros del oeste africano, a los makololos de África del Sur y a los tahitianos, a quemar o enterrar su cabello. En el Tirol hay mucha gente que quema su cabello por temor a que las brujas lo usen para producir tormentas; otras personas lo queman o entierran para evitar que los pájaros forren con ellos sus nidos, lo que podría ocasionar dolores a las cabezas de donde provienen esos cabellos.

Esta destrucción del pelo y las uñas implica una inconsecuencia ideológica absoluta; el objeto de la destrucción es evidentemente impedir que las partículas separadas del cuerpo sean usadas por los hechiceros. Mas la posibilidad de que las usen así depende de la supuesta conexión mágica entre esas partículas y el hombre de quien fueron separadas. Y si esta conexión simpatética existe todavía, ciertamente que esas partículas no pueden destruirse sin dañar al hombre.

<sup>8</sup> Recordamos al lector el episodio del pelo y la tormenta del *Satiricón* de Petronio.

<sup>9</sup> Antiguo ducado de la familia imperial alemana de los Hohenstaufen.





## 9. TABÚ DE LA SALIVA

*El* mismo miedo a la hechicería que ha llevado a muchos pueblos a ocultar o destruir sus recortes de pelo y uñas, ha inducido a otros pueblos y aun a los mismos a tratar su saliva de manera semejante. Dados los principios de la magia simpática, la saliva es parte del hombre y todo lo que a ella se haga tendrá en él un efecto correspondiente. Un indio chilote que recoge el salivazo de un enemigo lo pone en una patata y expone ésta al humo, diciendo al mismo tiempo ciertos conjuros, en la creencia de que su enemigo se irá consumiendo a medida que el humo va secando la patata. También, pone el salivazo dentro de la boca de una rana y arroja al animalito a un río inaccesible e innavegable, lo que hará que la víctima humana tiemble y se estremezca de calenturas. Los nativos de Urewera, comarca de Nueva Zelanda, gozan de gran reputación como hábiles brujos. Se decía que hacían uso de la saliva de la gente para embrujarla. Por esto, los visitantes tenían buen cuidado de ocultar sus esputos, temiendo proveer de material a estos brujos para trabajar en su daño. Del mismo modo, en algunas tribus africanas meridionales no se atreverá a escupir ningún hombre cuando el enemigo está cerca; podría encontrar su escupitina y entregársela a un brujo que la mezclaría con ingredientes mágicos para dañar de este modo a la persona que la escupió; aun en su propia casa la saliva es cuidadosamente barrida y destruida por igual razón.

Si la gente vulgar es tan cauta, natural será que los reyes y jefes lo sean mucho más. Los jefes de las islas Sandwich iban acompañados de un sirviente de confianza que llevaba una escupidera portátil y lo depositado en ella se enterraba cuidadosamente todas las mañanas para ponerlo fuera del alcance de los hechiceros. En la Costa de los Esclavos, y por la misma razón, siempre que un rey o jefe expectoraba, se recogía el esputo con sumo cuidado y se ocultaba o enterraba. Las mismas precauciones, y por la misma razón, se toman con los escupitajos del jefe de Tabali en la Nigeria meridional.

El uso mágico que puede hacerse de la saliva la señala, igual que a la sangre y a las recortaduras de las uñas, como una base material apropiada para un convenio, puesto que cambiando su saliva las partes concertantes se dan así el uno al otro garantía de su buena fe. Si después alguno de ellos reniega del contrato, el otro puede castigar su perfidia por un tratamiento mágico de la saliva del perjurador, que tiene bajo su custodia. Así, cuando los wajagga del África oriental desean hacer un trato, las dos partes contratantes se sentarán con un tazón de leche o de cerveza entre ellos y después de recitar un conjuro sobre la bebida, cada uno sucesivamente tomara una bocanada de la leche o cerveza y se la introducirá al otro en la boca. En los casos urgentes, cuando no hay tiempo para gastarlo en ceremonias, sencillamente se escupirán a turno el uno al otro dentro de la boca, lo cual sella el

convenio a las mil maravillas.

---





## 10. ALIMENTOS QUE SON TABÚ

*Como* sería de esperar, las supersticiones del salvaje se arraciman tupidamente alrededor del tema alimenticio. Se abstienen de comer muchos animales y plantas, muy saludables en sí, mas por una u otra razón imaginan ser peligrosos o mortales para el que los come. Son demasiado numerosos y familiares los ejemplos de tales abstenciones para citarlas. Pero si el hombre vulgar, por miedos supersticiosos, es disuadido de comer diferentes alimentos, las restricciones de esta clase que se imponen a las personas sagradas o consideradas tabú, tales como reyes y sacerdotes, son todavía más numerosas y exigentes. Hace poco hemos recordado que el Flamen Dialis tenía prohibido comer y hasta nombrar varias plantas y animales y que la lista de carnes de los reyes egipcios quedaba limitada a la ternera y al ganso. En la Antigüedad, muchos sacerdotes y reyes de pueblos bárbaros se abstenían totalmente de la carne como alimento. Los *Gangas* o "sacerdotes fetiches" de la Costa de Loango tienen prohibido comer y ni siquiera ver una larga serie de animales y peces; la consecuencia de ello es que su dieta de carne es extremadamente limitada; con frecuencia viven sólo de hierbas y raíces, aunque pueden beber sangre fresca. El heredero del trono de Loango tiene prohibido desde su infancia comer puerco; desde su más temprana niñez tiene vedado comer en compañía nuez de cola. En la pubertad, un sacerdote le enseña a no comer más aves que las que él mismo mate y cocine, y así un número de tabúes que van aumentando al compás de los años. En Fernando Poo, al rey, después de su entronización, le estaba prohibido comer taro (*Arum acaule*), antílope, ciervo y puercoespín, que eran alimentos corrientes de la gente. El jefe supremo de los massai no puede comer más que miel, leche e hígados de cabra asados, pues si participa de cualquier otra comida perderá su virtud de adivino y de confeccionador de encantamientos.



## 11. TABÚ SOBRE LOS NUDOS Y LOS ANILLOS

*Hemos* visto también que entre los muchos tabúes que tenía que observar el Flamen Dialis de Roma, había uno que le prohibía llevar anillos, salvo que estuvieran abiertos, y tener en sus vestiduras ningún nudo. De manera parecida, los peregrinos musulimes de la Meca están en cierto estado de santidad o tabú y no pueden llevar sobre sus personas anillos ni nudos. Estas leyes son probablemente de significado similar y pueden ser convenientemente consideradas juntas. Empezando con los nudos, en diferentes partes del mundo mucha gente mantiene una fuerte resistencia a tener algún nudo alrededor de sus personas en ciertos momentos críticos, en particular, partos, casamientos y muerte. Así, entre los sajones de Transilvania, cuando está de parto una mujer, desatan todos los nudos de sus vestiduras, pues creen que esto facilitará el parto y con la misma intención dejan abiertas todas las cerraduras de la casa, ya de las puertas o de los cajones. Los lapones piensan que una parturienta no debe tener lazos en sus vestidos, pues un nudo puede tener el efecto de hacer difícil y penoso el parto. En las Indias Orientales esta superstición está extendida a todo el tiempo de la preñez; la gente cree que si ella hiciera nudos o trenzas o alguna lazada, la criatura será por ello constreñida o la mujer quedará "ligada" cuando llegue su momento. Es más, en algunas de ellas se exige el cumplimiento de la ley tanto al padre como a la madre del nonato. Entre los dayakos marinos, ninguno de los padres puede atar nada con cuerdas ni hacer nudos durante el embarazo de la esposa. En la tribu Toumbuluh del norte de Célebes se efectúa una ceremonia en el cuarto o quinto mes del embarazo y después tiene prohibido el marido, entre otras muchas cosas, hacer cualquier clase de atados y sentarse con las piernas cruzadas.

En todos estos casos creemos que la idea es que el atado de un nudo podría, como dicen en las Indias Orientales, "ligar" a la mujer; en otros términos, retardar o quizá impedir su parto o prolongar su puerperio. Dados los principios de la magia homeopática o imitativa, el obstáculo físico o impedimento de un nudo en una cuerda o cordón crearía un obstáculo correspondiente o impedimento en el cuerpo de la madre. Que tal es efectivamente la explicación de la regla se desprende de una costumbre que cumplen los hos del África occidental en un parto difícil. Cuando una mujer tiene un parto laborioso y no puede terminarlo, llaman al mago en su ayuda. Este la mira y dice: "La criatura está ligada en la matriz y por esto no puede salir". A las súplicas de las mujeres de la parentela, promete entonces aflojar el lazo para que ella pueda dar a luz. Con este propósito ordena que vayan a buscar a la selva un bejuco resistente y con él ata a la espalda las manos y los pies de la parturienta; hecho esto, coge un cuchillo diciendo: "Corto por completo hoy tus ataduras y las ataduras de tu criatura". Acto continuo corta en trocitos menudos el bejuco, los pone en una vasija con agua y lava a la mujer con esa agua. Aquí, cortar el bejuco con el que están ligadas las manos y los pies de la parturienta es una



sencilla aplicación de magia homeopática o imitativa. Liberando sus miembros de las ataduras, el mago imagina que simultáneamente libra a la criatura en la matriz de los obstáculos que la impiden nacer. El mismo modo de pensar fundamenta la práctica usada en muchos pueblos de abrir todos los cerrojos, cerraduras, puertas y demás mientras está naciendo una criatura en la casa. Ya hemos citado que en ese momento los alemanes de Transilvania abren todas las cerraduras y también hacen la misma cosa en Voigtland y Mecklemburgo. En el noroeste de Argyllshire (Escocia), la gente supersticiosa acostumbraba a abrir las cerraduras en la casa donde había algún parto. En la isla de Salsette, junto a Bombay, cuando una mujer tiene un parto laborioso, abren con llave todas las cerraduras de las puertas y los cerrojos, para facilitar el parto. Entre los mandeling de Sumatra se levantan todas las tapas de los cofres, cajas, cacerolas y demás; si no se produce el efecto deseado, el marido impaciente tiene que romper los términos salientes o cabezas de algunas vigas de la casa con objeto de desencajarlas; piensan que "todo debe estar abierto y desunido para facilitar el parto". En Chittagong, cuando una mujer no puede dar a luz, la comadre que asiste ordena abrir por completo todas las puertas y ventanas, que se descorchen las botellas, que se quiten los tapones de los barriles, que desaten las vacas en el establo, que dejen libres a las ovejas, a los caballos en la cuadra, al perro guardián en su perrera, a las gallinas, patos y demás aves de corral. Esta libertad general concedida a los animales y hasta a los objetos inanimados es, según la gente, el medio infalible de asegurar el parto de la mujer y permitir que el infante nazca. En la isla de Sajalín, cuando una mujer está de parto, su marido desata todo lo que puede ser desatado; desenlaza las trenzas de su pelo y los lazos de sus botas y después todo lo que está atado en la casa o cercano a ella; desata el hacha si está amarrada al árbol; saca los cartuchos del fusil y las flechas de la ballesta.

También hemos visto que un hombre toumbuluh se abstendrá no sólo de hacer nudos o lazadas, sino también de cruzar las piernas durante la gravidez de su esposa. La marcha del pensamiento sigue el mismo camino en ambos casos. Pues tanto si cruza los hilos atando un nudo o sólo las piernas para sentarse con comodidad, en principio de magia homeopática, cruza o impide la sucesión libre de las cosas, y su acción no puede menos que entorpecer o impedir lo que está yendo adelante en sus cercanías. De esta verdad tan importante fueron muy sabedores los romanos. Sentarse junto a una mujer preñada o un paciente en tratamiento médico con las manos cogidas, dice el grave Plinio, es lanzar un conjuro maligno sobre la persona y es peor todavía si abraza sus rodillas teniendo las manos cogidas o si tiende una pierna sobre la otra. Esas posturas fueron consideradas por los romanos de la Antigüedad como un estorbo y obstáculo a los trabajos de toda clase y en un consejo de guerra o en un tribunal de magistrados, en oraciones y actos de sacrificios, a ningún hombre se le consentía cruzar las piernas o entrelazar los dedos de las manos. El ejemplo más clásico de las consecuencias terribles que se derivan de hacer una u otra cosa fue el de Alcmena, que estuvo pariendo a Hércules siete días y sus noches, porque la diosa Lucina se sentó ante la casa con los dedos de las

manos entrelazados y las piernas cruzadas; la criatura no hubiera nacido si la diosa no hubiera cambiado de actitud merced a un engaño. Hay la superstición búlgara de creer que una mujer embarazada no debe acostumbrar sentarse con las piernas cruzadas, porque eso le causará sufrimientos en su alumbramiento. En algunos sitios de Baviera, cuando la conversación cesa y hay un momento de silencio general, dicen: 'Seguramente alguno ha cruzado sus piernas'. [10](#)

Se ha creído que el efecto mágico de los nudos en impedir y obstruir la actividad humana se manifestaba en el casamiento no menos que en el nacimiento. Durante la Edad Media y hasta el siglo XVIII, creemos que en Europa comúnmente se ha pretendido que la consumación matrimonial podría impedirse mientras se verificaba la ceremonia de bodas si alguno cerraba con llave una cerradura o hacía un nudo en una cuerda y después tiraba la cerradura o cuerda; éstas tenían que ser metidas en agua y hasta que se hubieran encontrado y abierto o deshecho el nudo, no era posible la unión efectiva de la pareja. Por esto, era un gran crimen no sólo hacer tal hechizo, sino también robar el instrumento material de ello o alejarse con él, fuera cerradura o cuerda anudada. En el año de 1718, el parlamento de Burdeos sentenció a uno a ser quemado vivo por haber extendido la desolación sobre una familia entera por medio de cuerdas anudadas. Y en Escocia, en el año de 1705, fueron condenadas dos personas por robar unos nudos embrujados que una mujer había hecho, con el designio de estropear la boda feliz de Spalding de Ashintilly. La creencia en la eficacia de esos maleficios parece haber persistido en la serranía del Perthshire hasta finales del siglo XVIII, pues en esa época era todavía costumbre en la bellísima parroquia de Logierait, entre los ríos Tummel y Tay, desenlazar cuidadosamente todos los nudos de la ropa de la novia y del novio antes de la celebración de la ceremonia nupcial. Encontramos hoy la misma costumbre y la misma superstición en Siria. Las personas que ayudan a vestir al novio sirio su traje de bodas tienen buen cuidado de que no lleve hecho ningún nudo y de que vaya todo desabotonado, pues creen que un botón metido en su ojal o un lazo hecho podría entregarle al poder de sus enemigos privándole de sus derechos nupciales por medios mágicos. El temor a estos hechizos está difundido por todo el norte de África en la época actual. Para hacer impotente a un novio, el hechizador no tiene más que hacerle un nudo en su pañuelo, el cual habrá previamente colocado con disimulo en algún sitio del cuerpo de la novia cuando montaba a caballo para ir al encuentro del novio; en tanto que permanezca el nudo en el pañuelo, quedará impotente el novio para consumir el matrimonio.

El poder maléfico de los nudos puede manifestarse también en la imposición de enfermedades y toda clase de desgracias. Así, entre los hos del oeste de África, un hechicero imprecará a su enemigo y haciendo un nudo en un tallo de hierba dirá: "¡He atado a fulano de tal en este nudo. Caigan todos los males sobre él! ¡Que cuando vaya al campo le muerda una víbora! ¡Que cuando vaya de caza le ataque una fiera hambrienta! ¡Que cuando haya una tormenta lo parta un rayo! ¡Que sus



noches sean malas!" Se cree que en el nudo el hechicero ha atado la vida de su enemigo. En el Corán hay una alusión a la malignidad "de los que soplan en los nudos" y un comentador árabe explica este pasaje diciendo que esas palabras se refieren a las mujeres que practican la magia haciendo nudos de cuerda y después soplando y escupiendo sobre ellos. Sigue relatando cómo una vez un judío perverso embrujó al propio Mahoma haciendo nueve nudos en una cuerda, que después ocultó en un pozo. Así, el profeta cayó enfermo y nadie sabría lo que pudiera haber ocurrido si el arcángel Gabriel no hubiera revelado oportunamente al santo hombre el lugar donde estaba oculta la cuerda de nudos. El fiel Alí fue en busca de la funesta cuerda al pozo y el profeta recitó sobre ella ciertos conjuros que le habían sido revelados con ese objeto. A cada versículo del conjuro se desataba un nudo por sí solo y el profeta sentía mayor alivio.

Si se supone que los nudos matan, también se supone que curan. Esto se deduce de creer que desatando el nudo se produce el alivio del paciente, pues aparte de la virtud negativa de los maléficos nudos, hay algunos lazos benéficos a los que se atribuye una positiva virtud curativa. Plinio nos cuenta que algunas personas curaban enfermedades de la ingle tomando un hilo de tela de araña, haciéndole siete o nueve nudos y sujetándolo después a la ingle del paciente, mas para asegurar la eficacia de la cura era necesario nombrar alguna viuda cada vez que se hacía un nudo. O'Donovan nos describe un remedio para la fiebre empleado por los turcomanos; el mago coge un pelo de camello y lo hila trenzado para hacer un hilo grueso y fuerte mientras pronuncia un conjuro. Inmediatamente hace siete nudos en el hilo, soplando en cada nudo antes de apretarlo. Este hilo de nudos se lleva después como un brazalete en la muñeca del paciente. Cada día desata un nudo y le sopla encima y cuando se desata el séptimo y último, se arrolla el hilo entero en una bola y se tira al río, alejándose la fiebre con él, según creen.

Otras veces los nudos pueden usarse por una hechicera para vencer a su amado y que se una a ella fielmente. Así, la doncella con mal de amores en Virgilio<sup>11</sup> trata de atraerse a Dafnis mediante conjuros y anudando tres veces tres cordones de diferentes colores. Así, una doncella árabe que había entregado su corazón a un hombre, intentó ganar su amor y atraerle haciendo unos nudos en su látigo, pero una rival celosa los desató. Conforme al mismo principio mágico, pueden emplearse los nudos para detener a un esclavo huido. En Swazilandia se ve frecuentemente a los lados de los senderos las cañas y tallos de hierba con nudos; cada uno de estos nudos nos habla de una tragedia doméstica: una mujer que se fuga de su marido, el cual va con sus amigos en su persecución, "ligando" todos los senderos, como ellos dicen, para evitar que pueda volver a pasar por ellos. Una red, por su conjunto de nudos se ha considerado siempre, en Rusia, como eficacísima contra los hechiceros y por esto en algunos lugares, cuando están vistiéndose a una novia sus atavíos nupciales, cuelgan sobre ella una red de pescar para mantenerla libre de peligro. Por un similar propósito, el novio y sus acompañantes se amarran con trozos de red o

por lo menos bien ceñidas fajas anudadas, para que antes de que un brujo pueda empezar a hacerles daño tenga que desanudar todos los nudos de la red o desatarles la faja. Es frecuente que un amuleto ruso no sea otra cosa que un hilo anudado. Una madeja de lana roja alrededor de los brazos y las piernas les mantendrá libres de paludismo y otras fiebres y nueve madejas envolviendo el cuello de un niño se considera un preservativo contra la escarlatina. En el gobierno de Tver, a la vaca que guía el resto de la vacada le atan un saco de una clase especial al cuello para mantener alejados a los lobos; su virtud ata las quijadas de las bestias hambrientas. Con el mismo objeto dan tres vueltas a una yeguada con un candado que el portador va cerrando y abriendo; a medida que lo hace, dice: "Con este candado de acero cierro las bocas de los lobos grises para mi yeguada".

Nudos y cerraduras pueden servir para conjurar no solamente a los brujos y lobos, sino hasta a la misma muerte. En el año 1572, en la ciudad escocesa de Saint Andrews, llevaron a la picota, para quemarla viva por hechicera, a una mujer que llevaba una tela blanca a modo de collar con cuerdas llenas de nudos. Se lo quitaron en contra de su voluntad decidida, porque ella pensaba que no podía morir en el fuego mientras llevase sus cuerdas de nudos. Cuando se lo arrebataron, dijo: "¡Ahora sí que estoy perdida!" En muchas partes de Inglaterra piensan que una persona no puede morir mientras haya cerraduras o cerrojos echados en la casa. Así, es una costumbre muy común abrir todas las cerraduras y cerrojos cuando es seguro el final cercano del enfermo, con la idea de no prolongar indebidamente su agonía. Por ejemplo, en el año 1863, en Tauton, cayó un niño enfermo de escarlatina y se creyó inevitable su muerte. "Una consulta de matronas fue convocada y para evitar que la criatura tuviera una agonía penosa, todas las puertas de la casa, todas las cajas, todos los armarios fueron abiertos del todo, quitadas las llaves y el cuerpo del niño puesto bajo una viga para que su tránsito fácil, cierto y seguro a la eternidad quedase asegurado." Por extraño que nos parezca, el niño rehusó aprovechar las facilidades para morir que tan gentilmente pusieron a su disposición la sagacidad y experiencia de las matronas británicas de Tauton; prefirió vivir mejor que entregar el espíritu en ese momento.

La regla que prescribe que en algunas ceremonias mágicas y religiosas el cabello debe ir suelto y colgando y los pies desnudos, probablemente se basa en el mismo temor de impedir y entorpecer la acción, sea la que fuere, con la presencia de algún nudo o constricción ora en la cabeza, ya en el pie del ejecutante. Un poder semejante de atar e impedir las actividades espirituales tanto como las corporales, señalan algunos pueblos a los anillos. Así, en la isla griega de Carpathos, la gente no abotona nunca las ropas con que amortaja un cadáver y cuidan de quitarle todos los anillos, "porque el espíritu —dicen ellos— puede ser detenido hasta en el dedo meñique y no podría descansar". Aquí es evidente que si bien no se acepta definitivamente que, al morir, el alma salga por la punta de los dedos, se cree que el anillo ejerce una acción constrictiva que detiene y aprisiona en el tabernáculo de



barro al espíritu inmortal, a pesar de sus esfuerzos para escapar; concretamente, el anillo, como el nudo, obra a modo de traba espiritual. Ésta puede haber sido la causa de una antigua máxima griega, atribuida a Pitágoras, que prohíbe a la gente llevar anillos. Nadie podía visitar al antiguo santuario arcadio de la Señora, en Lycosura, con un anillo en el dedo. Las personas que consultaban el oráculo de Fauno tenían que ser castas y no comer carne ni llevar anillos.

Por otro lado, la misma comprensión circular que impide el egreso del alma puede impedir el ingreso de los espíritus malignos; por esto sabemos de anillos usados como amuletos contra los demonios, brujas y fantasmas. En el Tirol se dice que una parturienta no se quitará su anillo de bodas para que los espíritus y brujas no se apoderen de ella. Entre los lapones, la persona que va a acomodar un cadáver en su ataúd recibe del marido, esposa o hijos del difunto un anillo de latón para que lo lleve puesto en su brazo derecho hasta que el cadáver esté en seguridad depositado en la tumba. Se piensa que el brazalete sirve a la persona como un amuleto contra cualquier perjuicio que el espíritu del muerto intentase hacerle. Que la costumbre de llevar anillos en los dedos puede deberse a la influencia o haber surgido de una creencia en su eficacia como amuletos para conservar el alma en el cuerpo, o para que no entren los demonios en él, es una cuestión que merece ser considerada ampliamente. Aquí solamente nos concierne la creencia en tanto cuanto suponemos que puede arrojar claridad en la regla que prohibía que el Flamen Dialis llevase anillos a menos que estuviesen abiertos. Esta regla, unida a la que también le prohibía tener un solo nudo en sus vestiduras, indica el temor de que el poderoso espíritu encarnado en él pudiera ser entorpecido o impedido en sus entradas y salidas por grilletes corporales y espirituales, como los anillos y los nudos.

<sup>10</sup> Para desvirtuar esta "brujería", en España se dice actualmente. "Ha cruzado un ángel", o aún más paliado: "Ha pasado un ángel".

<sup>11</sup> *Églogas* VIII, vv. 78-80.



# *Palabras tabú*

## **I. NOMBRES PERSONALES TABÚ**

***Incapaz*** de diferenciar claramente entre palabras y objetos, el salvaje imagina, por lo general, que el eslabón entre un nombre y el sujeto u objeto denominado no es una mera asociación arbitraria e ideológica, sino un verdadero y sustancial vínculo que une a los dos de tal modo que la magia puede actuar sobre una persona tan fácilmente por intermedio de su nombre como por medio de su pelo, sus uñas o cualquiera otra parte material de su persona. De hecho, el hombre primitivo considera su nombre propio como una parte vital de sí mismo, y, en consecuencia, lo cuida. Tenemos por ejemplo los indios norteamericanos, que "consideran su nombre no como un mero marbete, sino como una parte definida de su personalidad, de la misma manera que lo son sus ojos o sus dientes y cree que le resultará dañoso el manejo malintencionado de su nombre tan seguramente como una herida que se le inflija en cualquier parte de su organismo físico. Esta creencia se he encontrado entre las diversas tribus desde el Atlántico al Pacífico y ha sido causa de muchas y curiosas regulaciones respecto al ocultamiento y cambios de los nombres". Algunos esquimales toman nombres nuevos cuando ya son viejos, esperando por este motivo conseguir un nuevo crédito de vida. Los tolampos de Célebes creen que si uno escribe el nombre de una persona, puede con ello llevarse su alma. Muchos salvajes en el día de hoy consideran sus nombres como partes vitales de sí mismos y por ello se toman grandes trabajos para ocultarlos, temerosos de que los manejen personas mal dispuestas hacia ellos, para perjudicar a sus dueños.

Así, comenzando con los salvajes que están en lo más bajo de la escala social, se nos dice que el secreto en que los aborígenes australianos tienen guardados sus nombres personales del conocimiento de los demás, "nace de gran parte de la creencia de que si algún enemigo conociera su nombre podría de algún modo usarlo mágicamente en su detrimento". "Un negro australiano —dice otro autor— está siempre muy renuente a decir su verdadero nombre y no es dudoso que su repugnancia a decirlo se funde en el miedo de que le puedan hacer daño los hechiceros mediante su nombre". En las tribus de Australia central, todos los hombres, mujeres y niños, además de su nombre personal, que es de uso corriente, tienen otro nombre secreto o sagrado que les es conferido por los mayores poco después del nacimiento y que sólo conocen los miembros totalmente iniciados del grupo. Este nombre secreto no se menciona nunca, excepto en las ocasiones más solemnes; pronunciarle o ser oído por mujeres u hombres de otro grupo es el delito



más grave como el más flagrante caso de sacrilegio entre nosotros. Cuando es ineludible mencionar el nombre, se cuchichea solamente y no sin tomar las más extraordinarias precauciones posibles para que no puedan oír más que los miembros del grupo. "Los indígenas piensan que un forastero que conozca sus nombres secretos tiene poder especial para dañarles por medios mágicos".

Creemos que el mismo temor condujo a una costumbre de la misma estirpe entre los antiguos egipcios, cuya civilización comparativamente alta estaba extrañamente refrenada y sojuzgada por reliquias del más bajo salvajismo. Cada egipcio recibía dos nombres, conocidos respectivamente como el nombre verdadero y el nombre "onomástico", o el nombre grande y el pequeño; mientras el "onomástico" o pequeño era público, el verdadero o grande parece que se ocultaba cuidadosamente. Un niño brahamán recibe dos nombres: uno de uso común y el otro secreto que sólo sus padres conocen. Este último nombre sólo es usado en ceremonias tales como la matrimonial. Se entiende que la costumbre es para proteger a las personas contra la magia, pues un hechizo no puede llegar a ser eficaz más que en combinación con el nombre verdadero. Similarmente, los indígenas de la isla Nias imaginan que los demonios pueden dañar a las personas cuando oyen pronunciar sus nombres. Por esto, los nombres de los niños, que por serlo están especialmente expuestos a los asaltos de los espíritus diabólicos, nunca se pronuncian, y por razones parecidas las personas se abstienen de llamarse unas a otras por sus nombres en sitios encantados, tales como las profundidades sombrías de la selva, las orillas de un río o junto a un manantial burbujeante.

Los indios de la isla de Chiloe guardan sus nombres en secreto y les disgusta que se digan en alta voz; dicen que hay hadas y duendes en la tierra firme y en las islas vencidas que si conocen los nombres de la gente la dañarán, pero que mientras no los conozcan esos espíritus malévolos son impotentes. Los araucanos difícilmente dan su nombre a una persona extraña, pues temen que de hacerlo adquiriera poder sobrenatural sobre ellos. En cierta ocasión, un forastero que ignoraba estas supersticiones le pidió su nombre a un araucano y éste le respondió: "Yo no tengo ninguno". Cuando a un indio ojebway le piden su nombre, mira a otro que esté presente y le dice que conteste su nombre por él. "Esta renuencia se deriva de la impresión que reciben cuando jóvenes de que si repiten sus propios nombres se impedirán ellos mismos el crecimiento y quedarán de baja estatura. Respecto a esta mala disposición a decir su nombre propio, han imaginado muchos extranjeros que "o no tenían nombre o lo habían olvidado". En este último caso, no parece que sientan escrúpulos en comunicar sus nombres y no parecen temer malos efectos como consecuencia de divulgarlos; el peligro sólo existe cuando un hombre se dice por el mismo que lo lleva. ¿Por qué es esto así? ¿Por qué, en particular, se piensa que impide el crecimiento la pronunciación del propio nombre? Podemos conjeturar que los salvajes actúan y piensan así porque creen que el nombre personal es una parte de sí mismo cuando se pronuncia por el aliento propio; pronunciado por el

aliento ajeno, de otros, no tiene conexión vital con él y ningún daño puede acarrearle. Por cuanto, podrían argüir estos filósofos primitivos, que, cuando un hombre deja pasar a través de sus labios su nombre, se desprende con éste de una parte de sí mismo, y persiste descuidadamente en ello, terminará seguramente por disipar sus energías y destrozar su constitución física. Muchos quebrantos por el vicio, muchas constituciones débiles consumidas por las enfermedades, pueden haber sido alegadas por estos moralistas sencillos, ante sus discípulos aterrorizados, como ejemplos espantosos del destino que más pronto o más tarde atrapa al libertino que se consiente a sí mismo el hábito inmoderado, aunque agradable, de pronunciar su propio nombre.

Cualquiera que sea la explicación, el hecho es ciertamente que muchos salvajes demuestran la más fuerte repugnancia a pronunciar su nombre propio, mientras que al mismo tiempo no oponen objeción alguna a que los demás lo pronuncien, y aun invitan a hacerlo con objeto de satisfacer la curiosidad de un forastero preguntón. En Madagascar es tabú para una persona decir su nombre, pero su esclavo o ayudante responderá por ella. La misma inconsecuencia extraña, como la podemos creer nosotros, se recuerda de algunas tribus de indios americanos. Así, sabemos que "el nombre de un indio americano es una cosa sagrada y no para ser divulgada por su propietario sin la debida consideración. Se puede preguntar al guerrero de una tribu que diga su nombre y la pregunta tropezará con una negativa categórica o con la evasiva, más diplomática, de no poder entender lo que desean. En el momento en que se aproxima un amigo, el guerrero primeramente interrogado le cuchicheará su deseo y el amigo podrá decir el nombre del otro, recibiendo la reciprocidad de su cortesía". Esta exposición general se aplica, por ejemplo, a las tribus indias de la Columbia Británica, de quienes se dice que "uno de sus más fuertes prejuicios, y que parece preocupar por igual a todas las tribus, es su negativa a decir sus nombres, así que nunca se tiene el verdadero nombre por el mismo que lo lleva, pero dirán los nombres de los demás sin hacerse rogar.<sup>1</sup> En todo el archipiélago malayo la regla es la misma y, en general, nadie pronunciará su propio nombre. Inquirir cuál es su nombre es una pregunta muy poco delicada en la sociedad nativa. Cuando en el curso de los quehaceres administrativos o judiciales se le pide el nombre a un nativo, en lugar de contestar mirará a su camarada para indicar que responda por él, o le dirá sin rodeos: "Pregúnteselo a éste". La superstición es corriente en toda la Malasia sin excepción y se encuentra también en las tribus motu y motumotu, los papuas de Finch Haven en el norte de la Nueva Guinea holandesa y los nufures, así como entre los melanesios del archipiélago de Bismarck y muchas tribus del África del Sur, que los hombres nunca mencionan sus nombres y las mujeres, si pueden encontrar a quien lo haga por ellas, mas no se niegan en absoluto si no hay más remedio.

Algunas veces la inhibición en los nombres personales no es permanente, sino que está condicionada por las circunstancias, y cuando éstas cambian, cesa de actuar.



Así, cuando los hombres de la tribu Nandi están lejos en alguna correría, nadie en casa pronuncia los nombres de los guerreros ausentes; deben referirse a ellos como si fueran aves. Si un niño olvida esto y se refiere a uno de los ausentes por su nombre propio, la madre le amonestará diciendo: "No hables de las aves que están en el cielo". Entre los baganla del Alto Congo, mientras un hombre está de pesca o volviendo de ella, su nombre queda en suspenso y nadie puede mencionarlo. Cualquiera que sea el nombre del pescador, será llamado *mwele* sin distinción. La razón es que el río está lleno de espíritus que si oyeran el verdadero nombre del pescador podrían obrar contra él para que no pescase más que algún pez o ninguno. Aun después de pescar y traer los pescados, el comprador no se dirigirá al pescador por su nombre propio, sino que simplemente le llamará *mwele*, pues aún entonces, si los espíritus oyen su nombre propio, se lo reservarán para usarlo otro día o para echarle a perder la pesca y que gane poco con ella. Por esto, el pescador puede exigir indemnización de daños y perjuicios a cualquiera que mencione su nombre, u obligar a los atolondrados charlatanes a comprarle el pescado a un precio tan alto que le devuelva la suerte. Cuando los sulka de Nueva Bretaña están cercanos al territorio de sus enemigos los gaktei, tienen cuidado de no mencionarles a ellos por su nombre propio, pues si lo hicieran, creen que el enemigo les atacaría y mataría. En estas circunstancias, por eso, hablan de los gaktei como o *lapsiek*, que es "los troncos de árbol podridos", e imaginan que dándoles ese apodo conseguirán que los miembros de sus terribles enemigos se vuelvan pesados y toscos como leños. Este ejemplo ilustra el concepto extremadamente materialista que estos salvajes dan a la naturaleza de las palabras; suponen que la pronunciación de una expresión significativa de tosquedad afectará homeopáticamente con tosquedad los brazos y piernas del enemigo lejano. Otra ilustración de este curioso y erróneo concepto la provee la superstición de los cafres ante la posibilidad de ser modificable el carácter de un ladronzuelo si se grita su nombre sobre un puchero de agua hirviendo y con "medicina", y después se tapa el puchero y se deja el nombre macerándose en el agua durante siete días. No es necesario que el ladrón sea sabedor del uso que se está haciendo de su nombre y a sus espaldas; la reforma moral se efectuará sin su consentimiento.

Cuando se juzga necesario mantener secreto el nombre verdadero, con frecuencia se le suele llamar, como hemos visto, por su sobrenombre o apodo. Estos nombres secundarios y distintos de los verdaderos o primarios, son ciertamente estimados como no participantes del nombre mismo, por lo que pueden usarse libremente y divulgarlos por todas partes sin que por ello peligre su seguridad. Otras veces, para evitar el uso del nombre propio, usan el de sus hijos. Así, sabemos que "los negros gippsland en modo alguno querían dejar que nadie fuera de la tribu conociera sus nombres, temiendo que sus enemigos los aprendieran e hicieran de ellos vehículo de sortilegios quitándoles la vida con éstos. Como se cree que las criaturas no tienen enemigos, acostumbran hablar de un hombre `como el padre, el tío o el primo del fulanita', nombrando a un niño. Pero en toda ocasión se abstienen de mencionar el

nombre de una persona adulta". Los alfures de Poso, en Célebes, no pronuncian sus nombres propios; en consecuencia, si se desea averiguar un nombre personal, no deberá preguntarse al hombre mismo, sino que se averiguará por otros y si es imposible (por ejemplo, cuando no hay nadie más cerca), le preguntará el nombre de su hijito y después se dirigirá a él como "padre de fulanito". Hay más: estos alfures son cautelosos hasta para pronunciar los nombres de sus hijos, así que si su niño o niña tiene un sobrino o sobrina, se dirigen a ellos como "tío de menganito" o "tía de menganita". En una sociedad malaya pura, sabemos que a un hombre jamás se le pide el nombre, y el uso de nombrar a los padres sirviéndose de los hijos está adoptado como un medio de evitar el empleo de los nombres paternos. El escritor que hace esta relación añade en corroboración de ello que las personas sin hijos son nombradas por los nombres de sus hermanos menores. Las criaturas de los dayakos de tierra, cuando crecen, son nombradas según su sexo, como el padre o la madre de un hijo o hija del hermano más joven de su padre o madre, que es llamarles el padre o madre de lo que nosotros denominamos primo carnal o primos hermanos. Los cafres creían que era descortés llamar a una novia por su nombre propio, así que la nombraban como "la madre de perenganito", auri cuando ella solamente estuviera prometida y muy lejos de ser esposa y madre. Entre los kukis y zemis, o kacha nagas del Asam, los padres abandonan sus nombres cuando nace una criatura y se llaman desde entonces el padre y madre de fulanito. Las parejas sin hijos llevan el nombre de "el padre sin hijos", "la madre sin hijos", "el padre de nadie" o "la madre de nadie". La costumbre tan extendida de nombrar a un padre por su hijo se ha supuesto en ocasiones que brotaba de un deseo por parte del padre de aseverar su paternidad, indudablemente como medio de obtener ese derecho sobre su hijo, que había estado previamente en poder de la madre, bajo un sistema matriarcal. Pero esta explicación no resuelve la costumbre paralela de nombrar a la madre por su hijo, la que creemos coexiste simultánea y comúnmente con la costumbre de nombrar al padre por su hijo también. Todavía menos, si fuera posible; puede aplicarse a la costumbre de nombrar a las parejas estériles, el padre y la madre de criaturas que no existen, de nombrar a la gente por sus hermanos más jóvenes y de designar a niños como tíos y tías de fulanito o como padres de sus primos carnales. Pero todas estas prácticas se explican de un modo sencillo y natural si suponemos que se originan en la repugnancia a pronunciar los nombres personales verdaderos de las personas a quienes se dirigen o se refieren directamente. Esta renuencia está basada, probablemente, en parte en el temor de atraer a los malos espíritus y en parte en el temor de descubrir el nombre a los hechiceros, que mediante ello obtendrían un medio de dañar al poseedor del nombre.

1 Quizá la presentación es una reminiscencia de ello en la sociedad culta, y resulta muy extraño y de mal gusto presentarse por sí mismo.





## 2. NOMBRES TABÚ DE REYES Y OTRAS PERSONAS SAGRADAS

**En** la sociedad primitiva los nombres de los simples particulares, vivos o muertos, son objeto de mucho cuidado, no debe sorprendernos que se hayan tomado las mayores precauciones para resguardar de perjuicios los sagrados nombres reales y sacerdotales. Así, el nombre del rey de Dahomey se mantiene secreto siempre, temiendo que su conocimiento pudiera habilitar a algún malvado para dañarle. Los apelativos con que los diferentes reyes de Dahomey han sido conocidos de los europeos no eran sus verdaderos nombres, sino meros títulos o lo que los indígenas denominan "nombres fuertes". Creemos que los nativos piensan que ningún peligro puede provenir de estos títulos cuando son conocidos, puesto que no están conectados vitalmente con sus poseedores, como lo están los nombres de nacimiento. En el reino de Galla de Ghera, el nombre "de pila" del soberano no puede pronunciarlo ningún súbdito bajo pena de muerte y las palabras comunes que lo recuerden son cambiadas por otras. Entre los bahimas del Africa Central, cuando muere un rey su nombre queda eliminado del lenguaje y si su nombre era el de algún animal, también tiene que buscarse en seguida uno nuevo. Por ejemplo, es frecuente llamar al rey un león; por esto, a la muerte del rey llamado León, se tiene que inventar un nombre genérico nuevo para los leones. En Siam era muy difícil descubrir el nombre verdadero del rey, puesto que se mantenía en secreto por miedo a las brujerías, y cualquiera que lo dijese era encerrado en un calabozo. Solamente se podían referir al rey empleando ciertos títulos altisonantes, tales como el augusto, el perfecto, el supremo, el gran emperador, el descendiente de los ángeles y otros por el estilo. En Birmania se consideraba muy grave impiedad mencionar el nombre del soberano reinante; a los súbditos birmanos, aun cuando estuviesen lejos de su país, era imposible inducirles a hacerlo. Después de su ascenso al trono, el rey era solamente conocido por sus títulos regios.

Entre los zulúes nadie mencionará el nombre del jefe de su tribu o los nombres de los progenitores del jefe que él pueda recordar; ni pronunciará palabras de nombres comunes que coincidan o recuerden de algún modo por su sonido los nombres tabú. En la tribu de los dwandwes hubo un jefe llamado Langa, que significa "el sol"; por esto el nombre del astro fue cambiado de *langa* a *gala*, y así quedó hace más de cien años. También, en la tribu Xumayo, la palabra que significa "pastores" fue cambiada de *alusa* o *ayusa* a *kagesa*, porque u-Mayusi era el nombre del jefe. Además de estos tabúes obedecidos por cada tribu separadamente, todas las tribus zulúes se unían tabuando el nombre del monarca que reinase en toda la nación. Por ejemplo, cuando Panda fue rey de Zululandia, la palabra para una raíz de árbol que se dice *impando*, fue cambiada en *nxabo*. También la palabra para "mentira o calumnia" fue alterada de *amacebo* a *amakwata*, pues *amacebo* contiene una sílaba del nombre del famoso rey Cetchwayo.<sup>2</sup> Estas sustituciones, sin embargo, no son



tan extremadas para los hombres como para las mujeres, que omiten todo sonido que ni remotamente resuene como algún otro que haya en un nombre tabuado. En el kral del rey es difícil verdaderamente entender el lenguaje de las mujeres reales, porque tratan de este modo no sólo a los nombres del rey y sus progenitores, sino también a los de los antepasados de sus hermanos por varias generaciones. Si a estos tabúes tribales y nacionales añadimos los que resultan del parentesco por casamiento, que ya han sido descritos, podemos fácilmente entender lo que sucede en cada tribu de Zululandia a causa de las palabras peculiares de cada una y del considerable vocabulario que las mujeres tienen para ellas. Además, los miembros de una familia pueden inhibirse de usar palabras empleadas por otra familia. Las mujeres de un kral, por ejemplo, pueden llamar a la hiena por su nombre común ordinario; las del kral próximo usar la palabra sustituta y, para un tercer kral, la sustitutiva puede ser igual, teniendo que inventarse otro término para ocupar su lugar. Por esto, el lenguaje zulú presenta hoy casi la apariencia de ser doble; en verdad que multitud de cosas poseen tres o cuatro sinónimos que por la mezcla de las tribus son conocidos en toda Zululandia.

Una costumbre similar prevalece por todas partes de la isla de Madagascar y su resultado, como entre los zulúes, ha sido producir dialectos distintos en el habla de las tribus. No hay nombres de familia en Madagascar (apellidos) y casi todos los personales están sacados del lenguaje de la vida diaria y significan algún objeto común, acción, cualidad, etc., como un ave, animal, árbol, planta, colores y demás. Por esto, hay que inventar para el objeto un nombre común remplazando con el nuevo el que fue desechado. Es fácil concebir la confusión e incertidumbre en un lenguaje cuando es hablado entre muchas tribus locales y pequeñas, gobernada cada cual por un reyezuelo o jefecillo con su nombre propio consagrado. Aún hay tribus y gente que se someten a esta tiranía de las palabras, como sus padres hicieron desde tiempo inmemorial. Los inconvenientes de esta costumbre se señalan especialmente en la costa occidental de la isla, donde, teniendo en cuenta el gran número de jefaturas independientes, los nombres de cosas, lugares y ríos han sufrido tantos cambios que sobreviene la confusión frecuentemente, por cuanto una vez que palabras comunes han sido desplazadas por los jefes, los indígenas no admiten conocer su antiguo sentido.

No son sólo los nombres propios de los reyes y jefes vivos los tabú en Madagascar; también están desplazados los nombres de los muertos, por lo menos en algunas partes de la isla. Entre los sakalavos, cuando muere un rey, los nobles y el pueblo, reunidos en consejo alrededor del cadáver, escogen solemnemente un nombre nuevo para el extinto monarca y con él será conocido en lo futuro. Adoptado el nuevo nombre, se trueca en sagrado el antiguo, por el que fue conocido el rey en vida, y nadie osará pronunciarlo so pena de muerte. Además, también se consagran las palabras del lenguaje corriente que tienen alguna semejanza con el nombre prohibido, y deben ser remplazadas. A las personas que pronuncien esas palabras

proscritas se les juzga no solo como groseras y brutales, sino hasta como felonas; han cometido un crimen capital. Sin embargo, estos cambios de vocabulario están limitados al distrito donde reinó el difunto rey; en los lugares vecinos las palabras antiguas continúan empleándose en su viejo sentido.

La santidad atribuída a las personas de los jefes de la Polinesia se extiende naturalmente también a sus nombres, que en opinión del primitivo son difíciles de separar de las personas que los llevan. Por esto, en Polinesia encontramos la misma prohibición sistemática de pronunciar nombres de jefes o de palabras comunes que se parezcan a ellos, como acabamos de encontrar en Zululanda y Madagascar. Así, en Nueva Zelanda, el nombre de un jefe es tenido tan en sagrado que cuando acontece ser también una palabra común, no puede usarse en el lenguaje y hay que encontrar otra palabra para remplazarla. Por ejemplo, un jefe de la parte meridional del Cabo Este llevó el nombre de Maripi, que significa "cuchillo"; se introdujo una nueva palabra (*nekra*) para cuchillo y la anterior se abandonó. En otra parte, la palabra "agua" (*wal*) hubo de ser cambiada, pues dio la casualidad de que era el nombre del jefe y podía ser profanada aplicándola indistintamente al vulgar líquido y a su sagrada persona. Este tabú produce naturalmente una abundante cosecha de sinónimos en el lenguaje maorí y los viajeros recién llegados al país se embrollan muchas veces al encontrar que las mismas cosas se llamaban de muchos y distintos nombres que en las tribus vecinas. Cuando un rey sube al trono de Tahiti, se cambia la pronunciación de todas las palabras corrientes que se asemejen a su nombre propio. En tiempos antiguos, si algún hombre fuera temerario o irreflexivo como para desconsiderar esta costumbre y usar las palabras prohibidas, a él y a toda su familia se les habría condenado a muerte. Mas los cambios así introducidos sólo eran temporales; a la muerte del rey las nuevas palabras caían en desuso y revivían las primitivas.

En la Grecia antigua los nombres de los sacerdotes y otros grandes personajes que tenían intervención en la ejecución de los misterios eleusinos no se pronunciaban mientras vivían. Pronunciarlos era una infracción de la ley. El Pedante, personaje de Luciano, nos dice cómo se encontró con estos augustos personajes arrastrando ante el tribunal policiaco a un impúdico que se había atrevido a nombrarlos cuando él bien sabía que desde su consagración era ilícito hacerlo, porque ellos habían llegado a ser anónimos, perdiendo sus anteriores nombres y adquiriendo nuevos y sagrados títulos. De dos inscripciones encontradas en Eleusis aparece que los nombres de los sacerdotes se confiaban a las profundidades del mar; es probable que se grabaran en tablillas de bronce o plomo que después arrojaban a las aguas profundas del golfo de Salamina. La intención era indudablemente mantener los nombres en un profundo secreto. ¿Qué podía hacerse mejor y más seguro que hundirlos en el mar? ¿Qué vista humana podría columbrarlos vacilantes en la indecisa profundidad verdosa del agua? Es difícil de encontrar una ilustración más clara de la confusión entre lo corpóreo y lo incorpóreo, entre el hombre y el nombre, que en esta práctica



de la civilizada Grecia.

2 Cetewayo, Cetywayo, Ketchwayo, etc., murió el año de 1884 guerreando contra los ingleses que, hasta 1887, sostuvieron luchas titánicas contra los bravos zulúes. El príncipe imperial Eugenio Napoleón murió en 1879 guerreando contra ellos.



### 3. NOMBRES TABÚ DE DIOSES

*El* hombre primitivo se crea dioses a su propia imagen. Xenófanes señaló hace tiempo<sup>3</sup> que la tez de los dioses de los negros era negra y su nariz chata; que los dioses de Tracia eran rubicundos y de ojos azules, y que si los caballos, bueyes y leones creyeran en dioses y tuvieran manos con que retratarlos, indudablemente darían a sus deidades la forma de caballos, bueyes y leones. Por eso, del mismo modo que el salvaje latebroso oculta su verdadero nombre propio porque teme que los hechiceros puedan hacer un mal uso de él, así también imagina que, de igual manera, sus dioses deben guardar secreto su verdadero nombre, temiendo que otros dioses y aun hombres aprendan su místico sonido y puedan conjurarles con ellos. En ninguna parte se mantuvo más firme o más plenamente desenvuelto este concepto tosco del misterio y la virtud mágica del nombre divino que en el antiguo Egipto, donde las supersticiones de un pasado ignoto se momificaron en los corazones de la gente con tanta eficacia como los cadáveres de gatos, cocodrilos y toda la serie de animales divinos en sus tumbas de roca viva. El concepto está bien esclarecido en una leyenda que nos cuenta cómo la astuta Isis consiguió de Ra, el gran dios egipcio del Sol, su nombre secreto. Isis, según la leyenda, era una mujer de poderosa palabra, hastiada del mundo de los hombres y ansiosa del mundo de los dioses. Ella meditó en su corazón, diciéndose: ¿Por qué no puedo, por la virtud del gran nombre de Ra, hacerme diosa y reinar lo mismo que él en el cielo y en la tierra? Porque Ra tenía muchos nombres pero el gran nombre que le daba poder sobre todos los otros dioses y sobre los hombres sólo era conocido por él mismo. El dios se iba haciendo viejo, su boca baboseaba y la saliva caía al suelo.

Así, Isis recogió el salivazo y tierra con él y la amasó moldeando una serpiente que dejó en el sendero por donde el gran dios pasaba todos los días a su doble reino según los deseos de su corazón. Y cuando él llegó, como de costumbre, seguido de toda la compañía de los dioses, la serpiente sagrada le mordió y el dios abrió la boca y su grito llegó al cielo. Los que le acompañaban preguntaron: "¿Qué le duele?" Y la compañía de los dioses dijo: "He aquí, mirad". Pero él no podía responder; sus mandíbulas rechinaban, sus labios temblaban, el veneno corría por su carne como el Nilo inundaba el país. Cuando el gran dios hubo aquietado su corazón, gritó a sus acompañantes: "Venid a mí, ¡oh criaturas mías, nacidas de mi cuerpo! Soy príncipe, hijo de príncipe, la estirpe divina de un dios. Mi padre inventó mi nombre; mi padre y mi madre me dieron mi nombre y ha permanecido oculto en mi cuerpo desde mi nacimiento para que ningún mago pudiera tener poder mágico sobre mí. He ido a contemplar lo que he creado. He paseado por los Dos Países,<sup>4</sup> que yo hice y ¡ved! algo me ha mordido. ¿Qué era? Yo no lo sé. ¿Era fuego? ¿Era agua? Mi corazón arde, mi carne tiembla, todos mis miembros están convulsos. Traedme todas las criaturas de los dioses con sus palabras saludables y sus labios inteligentes, cuyo



poder alcanza el cielo". Entonces llegaron a él las criaturas de los dioses y todas estaban muy apenadas, cuando llegó, con sus astucias, Isis, cuya boca está llena de aliento de vida,<sup>5</sup> cuyos conjuros alejan el dolor, cuya palabra hace revivir a los muertos. Y dijo: "¿Qué es, divino padre? ¿Qué es eso?" El sagrado dios abrió su boca y habló así: "Iba por mi camino. Caminaba paseando a gusto por las dos regiones, contemplando lo que he creado, cuando ¡he aquí que una serpiente que no vi me mordió! ¿Es esto fuego? ¿Es agua? Estoy más frío que el agua, estoy más abrasador que el fuego; todos mis miembros sudan. Tiemblo, mi vista se desvanece, no veo el cielo, la humedad baña mi cara como en el estío". Entonces habló Isis: "Dime tu nombre, Padre divino, pues vivirá aquel a quien se le llame por su nombre". Entonces Ra respondió: "He creado los cielos y la tierra. He ordenado surgir las montañas. He hecho el grande y ancho mar. He tendido como una cortina los dos horizontes. Soy quien abre sus ojos, y hay luz, y quien los cierra, y todo es oscuridad. A mi mandato, el Nilo se desborda, pero los dioses no saben mi nombre; Khepera en la mañana, Ra a mediodía, Tum en la tarde". Pero la ponzoña no se le quitó; penetró aún más hondo y el gran dios no podía andar. Entonces le dijo Isis: "No es tu nombre el que me has dicho, ¡oh! dímelo para que la ponzoña salga, pues vivirá aquel cuyo nombre sea pronunciado". Ya el veneno quemaba como fuego; él estaba más ardiente que las llamas del fuego. El dios dijo: "Consiento que Isis busque dentro de mí y que mi Nombre pase de mi pecho al suyo". Entonces el dios se ocultó de los demás dioses y su lugar en la barca de la eternidad quedó vacío. Así le fue quitado al gran dios su nombre e Isis la hechicera habló: "Fluye fuera, ponzoña, ¡sal de Ra! Soy Yo, Yo misma la que vence al veneno y lo tira al suelo; porque el nombre del gran dios le ha sido arrebatado a él. Deja a Ra vivir y que muera el veneno". Así habló la gran Isis, la reina de los dioses la que conoce a Ra y su nombre verdadero.

De esta leyenda se deduce que el verdadero nombre del dios, con el cual estaba unido inextricablemente su poder, se suponía situado, en sentido casi físico, en algún sitio de su pecho, del que Isis lo extrajo por una especie de operación quirúrgica y lo transfirió a sí misma con todos sus poderes sobrenaturales. En Egipto, intentos semejantes a los de Isis para apropiarse el poder de un gran dios, apoderándose de su nombre, no fueron únicamente leyendas referentes a los seres míticos de un pasado remoto; cada mago egipcio aspiraba a ejercer poderes semejantes por medios similares. Se creía que el que poseyera el verdadero nombre propio, poseía al verdadero ser del dios o del hombre y podría forzar incluso a una deidad a que obedeciera como un esclavo obedece a su amo. Así el arte del mago consistió en obtener de los dioses una revelación de sus nombres sagrados y no dejar sin mover una sola piedra hasta conseguirlo. Cuando en un momento de debilidad o de olvido comunicaba la deidad al hechicero su pasmoso secreto, la deidad no podía hacer ya otra cosa que someterse humildemente al hombre o pagar la penalidad de su contumacia.

La creencia en la virtud mágica de los nombres divinos fue compartida por los romanos. Cuando emprendían el asedio de una plaza, los sacerdotes romanos se dirigían a la deidad guardiana de la ciudad con oraciones o conjuros, invitándola a abandonar la ciudad sitiada y venir a los romanos, que la tratarían tan bien o mejor que pudiera haberlo sido en su antigua patria. Por eso, el nombre de la deidad protectora de Roma se conservaba en profundo secreto, por miedo a que los enemigos de la república pudieran atraerla de igual modo que los romanos habían inducido a muchos dioses a desertar como ratas, en días de desgracia, de las ciudades que los habían acogido en días de fortuna. No sólo el nombre verdadero de la deidad protectora, sino el nombre de la ciudad misma quedaban guardados en el misterio y no podían ser nunca pronunciados ni aun en los ritos sagrados. Un tal Valerio Sorano, que se atrevió a divulgar el secreto inapreciable, fue muerto o terminó de mala manera. De igual modo, parece que los antiguos asirios tenían prohibida la mención de los nombres místicos de sus ciudades y hasta los tiempos modernos los cheremis del Cáucaso mantienen secretos, por motivos supersticiosos, los nombres de sus aldeas comunales.

Si el lector ha tenido la paciencia de seguir esta investigación de las supersticiones relativas a los nombres personales, convendrá en que el misterio en el que los nombres de las personas reales están ocultos con tanta frecuencia no es un fenómeno aislado, ni arbitraria expresión de servilismo y adulación cortesana, sino la simple aplicación particular de una ley general del pensamiento primitivo que incluye dentro de su esfera tanto al pueblo en general y a sus dioses como a los reyes y sacerdotes.

<sup>3</sup> Seis siglos a. C. y algún tiempo antes que Feuerbach afirmase que el hombre venera en Dios su propia naturaleza.

<sup>4</sup> Alto y Bajo Egipto.

<sup>5</sup> Génesis, II: 7: "... y alentó en su nariz soplo de vida".





## *Lecturas Complementarias*

**James George Frazer**, *La rama dorada, Magia y religión*, FCE, 1951

*El Folklore en el Antiguo Testamento*, FCE, 1981.

